

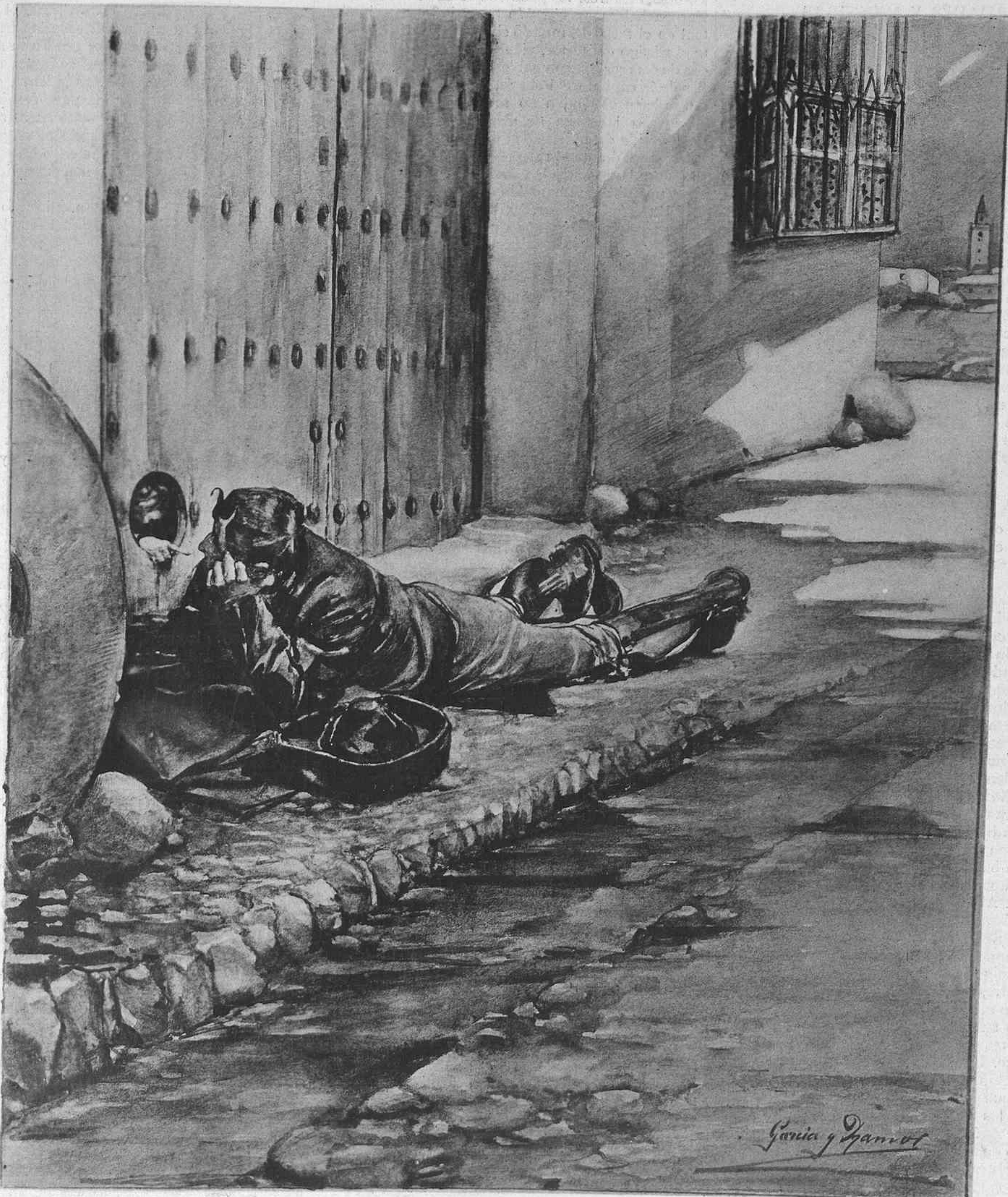
# La Ilustración Artística

AÑO XII

BARCELONA 6 DE NOVIEMBRE DE 1893

NÚM. 619

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LOS NOVIOS POR LA GATERA, dibujo de J. García Ramos



**Texto.** - *Verdades y mentiras*, por R. Balsa de la Vega. - *El convite de D. Celestino*, por Luis Taboada. - *Francisco Schilbert, compositor austriaco*, por Juan Fastenrath. - *La tierra de los gitanos*, por Isabel Robins Pennell. - *Miscelánea*. - *Nuestros grabados*. - *Una francesa en el polo Norte (conclusión)*. - SECCIÓN CIENTÍFICA. - *Nuevo sistema para prevenir las colisiones de trenes*. *Sistema Pellat*. - *Emigraciones de peces*.

**Grabados.** - *Los novios por la gatera*, dibujo de J. García Ramos. - *Alonso Berruguete, Cristóbal Colón*, estatuas de José Alcoverro. - Dos dibujos referentes á la *Exposición de Chicago*. - Siete grabados que ilustran el artículo *La tierra de los gitanos*. - *Gitana granadina*, dibujo de Isidoro Marín. - *Un novillero desdichado*, dibujo de Carlos Arregui. - *Don Juan García Margallo*, general de brigada, muerto en el campo de Melilla en 28 de octubre último. - Figuras 1, 2, y 3. Aparato registrador de la marcha de los trenes, sistema Pellat. - *Granada. Vendedores de carbón*, dibujo de Isidoro Marín.

## VERDADES Y MENTIRAS

Hablemos de arte, aun cuando los momentos actuales no sean propicios á esta conversación.

Hablemos de arte, pero no de arte realizado con el pincel ó el cincel, en el libro, ó con el compás.

Hablemos de ese arte cuyos motivos dramáticos todavía no han conmovido á nuestros artistas, y que tanto valor ético y estético tienen; hablemos de esa gran tragedia cuyo prólogo se ha puesto ya en escena en Melilla.

El pintor, como el escritor, son los artistas que están en condiciones superiores sobre los demás, dados los medios de expresión de que disponen, para lograr por entero con la obra de carácter militar uno de los fines del arte. El literato puede arrancar lágrimas ó exclamaciones de entusiasmo describiendo el héroe, la heroicidad, el conjunto. El pintor puede llevar al espectador hasta obsesionarle de tal modo, que éste se crea en mitad del campo de batalla.

Desde el punto de vista ético, es inmensa la importancia de la obra de arte de este género. A la virilidad que despierta el heroísmo colectivo ó individual; á la influencia que ejerce en el ánimo, inclinándole á la piedad, el relato ó la representación plástica de un episodio sangriento; á la emoción profunda que producen en un pueblo las vicisitudes de una guerra, debe unirse ese espíritu de altruismo que se cierne, aun en medio de los apasionamientos despertados por la lucha, sobre la humanidad culta. Y en la obra de arte, en el cuadro que representa uno cualquiera de esos momentos sublimes y dramáticos á un tiempo, se advierten todos esos sentimientos de admiración del valor, de piedad, de entusiasmo, de odio, de amor á los suyos, produciendo este conjunto de ideas y sensaciones, por el artista impresas en el lienzo, además de la emoción estética en grado máximo, un efecto moral de grandeza incommensurable, aun en aquellas inteligencias que menos preparadas se hallen para percibir el valor del concepto de una entidad moral.

No lo dudemos, la pintura del género llamado militar, muy especialmente la que representa episodios de guerra, tiene un poder de obsesión superior á casi todos los demás géneros de pintura.

Y si dejando á un lado su importancia ética, miramos la pintura de episodios guerreros desde el punto de vista de la belleza plástica, es indudable que ésta se produce con majestad avasalladora. Figurémonos un campo de batalla en el momento mismo en que los dos ejércitos que la riñen se encuentran decididos á vencer. Allá, una masa de caballería que avanza sobre el llano, en rápida carrera, sable en alto y que como violenta ráfaga de huracán invade todo hasta tropezar con las puntas de las bayonetas de los infantes enemigos, que en compactos cuadros, una rodilla en tierra, ven teñirse de sangre la triangular hoja de acero al hundirse en el pecho del caballo detenido así en su vertiginoso galopar. Mas allá, mezclados hombres y caballos, se agitan entre nubes de humo y polvo. En lo alto de la loma, la trinchera ó el reducto vomitando llamaradas, de cuyo seno parte la metralla que abre claros enormes en la compacta columna de los regimientos que á la carrera suben el repecho. Aquí, el ayudante de órdenes tendido sobre el cuello de su caballo que vuela más que corre. Allá, la batería que se atasca y los artilleros que empujan unos las ruedas, otros que descargan sobre los lomos de los mulos sendos latigazos. Ya es el jinete que abre de pronto los brazos soltando las bridas y el punzante sable ó la tercerola, y cae rodando de la

silla, mientras la cabalgadura, loca de espanto, desbocada, se interna en la campaña; ya es un puñado de hombres quienes saltando por los cuerpos de sus compañeros, desgarradas las ropas, ensangrentados, la faz descompuesta, los ojos saliéndoseles de las órbitas, huyen despavoridos á campo traviesa. Todos estos episodios, todos estos tipos, todos esos sentimientos expresados, ya colectiva, bien individualmente, tienen sobrada importancia como hechos y como revelación de estados pasionales y patológicos que solamente se advierten en el caso concreto de una guerra.

Precisamente en estos momentos estoy recordando la impresión estética que me produjeron dos cuadros de asuntos militares, *Saludo á los heridos*, de Cossaks, y *Recuerdos de mi niñez*, de Neuville.

¡Oh! ¿Cómo no ha de producir emoción inmensa el cuadro de Cossaks, *Recuerdos de mi niñez*, si reúne, á las bellezas de una plástica admirable, las de una escena dramática en alto grado, cuya contemplación evoca al par de recuerdos de los infortunios sin igual de un pueblo despedazado por la ambición de tres potencias, cobardes para ser grandes, un sentimiento infinito de piedad? ¿Quién no siente, frente á ese cuadro y más siendo latino, como la vergüenza de no haber podido evitar la espantosa catástrofe de Polonia, nosotros, los pueblos que en el Mediodía de Europa habíamos ejercido tanta influencia intelectual en el resto del mundo civilizado? ¿Quién no siente el vértigo del terror, viendo cómo aquella abalancha de cosacos, látigo y sable en mano, recorre las calles de la capital de Polonia, cargando sobre el pueblo indefenso? ¿Quién no se conmueve ante la vista de aquella jovencita de singular belleza, que huye despavorida defendiendo el delicado rostro del látigo del cosaco, ó ante el rasgo de valor de aquel caballero que se lanza entre los cascos de los caballos á salvar á una niña que ha caído arrollada por los que huyen? En *Saludo á los heridos*, de Neuville, la emoción es de otro grado, y si menos dramática que la que produce el cuadro de Cossaks, más consoladora á pesar del motivo que inspiró al célebre pintor francés su obra. Allí están los vencedores á caballo, no arrogantes, no con el empaque y altivez del guerrero, sino con la nobleza y la compasión y el respeto que para los fuertes de espíritu tiene la desgracia. Los heridos y prisioneros al propio tiempo, vienen en pelotón, rotos, demacrados, apretando todavía los dientes con rabia, no humillados, y pasan por delante de los vencedores que en fila, el kepis en la mano el general, y la plana mayor levantando la mano derecha hasta la altura de la frente, hacen el saludo de ordenanza. El valor, el amor de la patria, el respeto mutuo que ha impuesto un alto sentimiento de humanidad, ese altruismo que, producto de la especulación ética de la moderna cultura, está en nosotros, los hijos de este siglo, modificando nuestro modo de ser social, todo esto se advierte en este cuadro como componente estético, avalorado por la belleza plástica.

Y esta belleza, que es grande en la pintura militar, donde el tipo, la arrogancia, la expresión, el color, las agrupaciones, todo es de suyo eminentemente plástico, lo es mucho más por la condición dramática, determinada, perfectamente definida de los motivos.

Pero nuestros artistas todavía no han sentido esa necesidad de vigorizar, de robustecer el espíritu con la vista de esas grandes exaltaciones de un sentimiento inmaculado, y el lápiz trazando esas escenas llenas de virilidad, de color, de luz. La campaña del Rif se presta como ninguna otra para que el colorista, para que el pintor que busca la representación de pasiones y afectos claramente expresados en el rostro y en el movimiento general, le *gros motive*, á que somos tan aficionados los españoles, haga de Melilla, y quizás de Marruecos, muy pronto, escuela y estudio de un género aquí no cultivado. Yo quisiera que este género implantase en España. Y lo quisiera porque donde hay virilidades y entusiasmos y energías, siquiera sean belicosas, hay también vida espiritual, cultura, y la lucha por la existencia puede realizarse en condiciones que aseguren el éxito.

Pero esta indiferencia del artista español (no como español, entendámonos) esta indiferencia, digo, del artista español ante cuadros y asuntos tan llenos de vida, tan pasionales, tan hondamente filosóficos, que tanta influencia podrían ejercer en pro del movimiento artístico de España, puesto que, además de abrir un nuevo camino en el arte patrio, mejor dicho, de ampliar su campo, podrían quizás ser un motivo de educación artística, por cuanto por razón de los asuntos, apropiados al carácter meridional impresionable de nuestro pueblo, creo que serían entendidos y apreciados; esta indiferencia, repito, pone de relieve una verdad dicha por mí hace años en periódicos y revistas y que no por amarga es menos cierta. Nuestros pintores, con condiciones naturales para el manejo de la paleta, para el dominio de la parte técnica de la pin-

tura, como no tienen ni los mismos pintores italianos, carecen de personalidad propia ni saliente ni de ninguna especie, salvo media docena de maestros que viven fuera de España y que alcanzaron aquella época en que la independencia pictórica de la escuela española la defendían Rosales, Fortuny, Domingo, etc. Hoy hemos vuelto á los años aquellos en que se libraban batallas entre románticos y clásicos, por que en Francia lidiaban los Ingres y los Delacroix, no ciertamente porque aquí nuestros artistas hubiesen alcanzado esos exquisitismos estéticos y plásticos, además de los filosóficos que en la nación vecina obligaban á luchar. Hoy, como entonces, las teorías de la estética moderna, las tendencias de las filosofías místicas, como las de escuelas socialistas, como las doctrinas del naturalismo literario y las del materialismo científico, no penetran en los talleres de nuestros pintores y estatuarios. Hoy, como entonces, si algún movimiento, como, por ejemplo, el bucólico, se advierte en nuestro arte y alguna tendencia á lo místico le halaga, es pura y simplemente porque la *mancha*, la *silueta*, el *compuesto*, los tipos ó accesorios se prestan á los alardes de la paleta, y al propio tiempo no exigen gran dominio de la línea ó de la forma. Hoy, como entonces, el artista español no se ha detenido á pensar, ni durante un cuarto de hora, el porqué de esas evoluciones estéticas, el porqué de esas tendencias nuevas de las escuelas artísticas. Carece de iniciativa propia; por eso no va á Melilla ni uno solo. Por eso el arte de la pintura militar, que requiere gran cantidad de sentimiento, de energías espirituales, de carácter, en fin; que requiere ser sentido en grado máximo por cuanto ha de ser personalísimo, puesto que de otro modo es vulgar, y tan insoportable como el género flamenco de aquí, no tiene en España representación alguna, excepción hecha de dos pintores.

Para el cuadro histórico tan cultivado entre nosotros, basta una página de Mariana ó de Lafuente, de Thierry ó de Winkelman, de Lasrrant ó de Macaulay, y los colores de la indumentaria; para la de género, un mantón de Manila y una guitarra; para la de costumbres, dos vestidos de faya y un sombrero de paja de señora; pero para la pintura militar hay que tener fusiles y cañones y caballos, y sobre todo haber vivido en campaña ó en el cuartel. Es decir, hay que trabajar, no solamente con el lápiz, sino con el alma y aspirar aquel ambiente...

Bien sabe Dios cuánto deploro los grandes terremotos sociales, que sumen en la miseria, en el dolor, en el seno de la muerte, cientos y cientos de familias; bien sabe Dios cuán aficionado he sido y sigo siendo al arte que tiene la Naturaleza por maestra é inspiradora; bien saben las gentes cuánto me extasío admirando la producción artística que evoca dulces y hondos pensamientos, ideas templadas y elevadas, que provoca á la meditación, que me envuelve en suave manto de melancolía; pero no por eso dejo de creer necesidad imperiosa el despertar de energías, de ideales que borran ó tratan de borrar los egoísmos groseros de un humanitarismo inconcebible, y de esta creencia mía nace la convicción, por otra parte certificada con la realidad de los hechos, de que la pintura del género militar tiene una importancia enorme, no tan sólo por su belleza propia, sino también porque al existir, allí donde se produce se advierte un ambiente de actividad, de cultura y de energías que son precisas para que los pueblos hoy puedan vivir la vida moderna.

R. Balsa de la Vega

## EL CONVITE DE D. CELESTINO

Hombre más cariñoso que D. Celestino no le hay en el mundo. A mí me quiere de un modo extraordinario, y siempre que me ve, lo primero que hace es tenderme los brazos y estrecharme contra su corazón.

Su señora es también muy amable y expresiva, porque dice que ella quiere á los amigos de su marido como á cosa propia y que su casa está siempre á mi disposición.

He oído decir que D. Celestino ha hecho su fortuna prestando al 36 por 100; pero á mí no me consta, y sobre todo, conmigo se manifiesta siempre espontáneo y jovial. Ahora se empeña en que yo pase el verano en su pueblo, donde tiene una casa de campo preciosa, según dice.

- Sí, hombre, véngase usted con nosotros á Villamendrug. Ya verá usted qué país aquél tan delicioso. Por dondequiera que dirija usted la mirada, no verá más que verde.

- Yo he pensado ir á Portugal, le contesto.

- Portugal, Portugal. Ya quisiera Portugal tener las truchas de Villamendrug. ¡Qué truchas! ¿Pues y



ALONSO BERRUGUETE, estatua de José Alcoverro

A tanto insistir, me decido por veranear en Villamendrugó con toda mi gente  
 - Sí, voy diciendo por el camino en dirección á mi casa. Escribiré deshaciendo el contrato. Así como así, D. Celestino me asegura que en Villamendrugó lo pasaré perfectamente... ¡Qué matrimonio tan simpático! ¡Y qué empeño el suyo de que vaya á parar á su casa! ¡Pocos amigos habrá como éstos! Nunca creí que don Celestino me tuviese tanta simpatía, pero se conoce que me quiere de corazón... Nada, nada; desisto de mi viaje á Portugal.

En esto llego á mi casa, donde comunico la resolución á mi familia. Esta se sorprende y protesta, porque ya lo tiene todo preparado para el viaje al vecino reino.

Antes de convencer á mi esposa, tengo necesidad de librar una batalla.

- Sabe Dios cómo será ese pueblo, dice mi mujer.

- Precioso. D. Celestino me asegura que lo pasaremos perfectamente. Y sobre todo, hazte cargo de que nos vamos á ahorrar mucho dinero.

En esto los niños empiezan á llorar porque creen que hemos renunciado al viaje. Yo procuro convencerles, pero como no se callan me irrito y les pego á todos, uno por uno y correlativamente. Mi mujer me llama verdugo; mi suegra, que es una especie de hiena macho, viene hacia mí esgrimiendo los puños y quiere pegarme. Yo me hago fuerte y grito:

- Es inútil la oposición. Iremos á Villamendrugó de grado ó por fuerza. Yo no desairo á D. Celestino por nada de este mundo. ¡No faltaba más! Un hombre como él, que nos abre su casa y nos ofrece manutención, comodidad y cariño acendrado.

No sin reservas mentales y miradas iracundas de mi suegra, convenimos todos al fin en que hay que cambiar de ruta y escribo á un amigo de Portugal diciéndole que disponga de la casa. El amigo contesta muy ofendido echándose en cara mi falta de formalidad y exigiéndome una indemnización en metálico porque el dueño de la finca asegura que ha perdido, por mi causa, otro alquiler ventajoso.

Tengo que calmar la justa indignación de mi amigo enviándole el dinero y pidiéndole perdón por añadidura.

- ¡Bah!, me digo á solas. De todas suertes el veraneo me va á salir por una friolera. D. Celestino pone á mi disposición su casa y su cocina...

- No esperamos más que la resolución de ustedes para echar á andar, me dice D. Celestino al día siguiente.



CRISTÓBAL COLÓN, estatua de José Alcoverro

los tomates? ¿Y el queso? ¿Y las judías blancas? Aquello es manteca pura.

- Sí, añade la señora, lo que debe usted hacer es venirse con nosotros á Villamendrugó. ¡Si viera usted qué casa tenemos!

- Sería abusar...

- ¡Qué disparate! Nos haría usted un favor inmenso. Ya sabe usted cómo es Celestino; en tomándole afición á una persona, no descansa si no la tiene siempre á su lado. Es lo único que nos falta en Villamendrugó: un amigo de verdad, con quien jugar una partidita de tresillo y echar un párrafo; porque allí la gente es un poco arisca. Va usted á saludar á uno, y le suelta una coz. El año pasado nos pusimos á jugar al tute con el secretario del ayuntamiento, y sólo porque le ganamos tres reales y medio nos quiso tirar las fichas á la cara... Celestino, enseñale la pantorrilla á este caballero.

- ¿Para qué?, pregunto yo alarmado.

- Para que le vea usted una cicatriz que tiene, contesta la señora. Se la hizo el teniente alcalde de Villamendrugó, con el tacón de la bota, al ver que Celestino le había retirado el saludo.

D. Celestino se remangó el pantalón para enseñarme la cicatriz y pude convencerme de que el teniente alcalde debía de ser un solemne bruto.

- Conque ¿contamos con usted?, me dice D. Celestino.

- Ya tengo dispuesto mi viaje á Portugal, le contesto.

- Pues aprovecha usted los preparativos para venirse con nosotros.

- Pero...

- Nada, nada; usted se viene á Villamendrugó con toda su familia.

- Va usted á ver la casa que tenemos. Es lindísima, dice la esposa de D. Celestino.

- El caso es que ya he escrito á Portugal y me han tomado casa, replico yo.

- Pues vuelve usted á escribir diciendo que se la alquilen á otro. No ha de faltar quien la tome.

— ¿Cómo?  
 — Quiero que hagamos el viaje juntos. Por consiguiente, usted dirá cuándo nos ponemos en camino.  
 — Mi señora tiene todavía que terminar algunos detalles, contesto.  
 — Pues dígame usted que los aligere todo lo posible, porque el día 6 hay fiesta en Villamendruco y sería una lástima que no la viéramos.  
 — Nada, nada; diré a mi mujer que arregle las cosas lo antes posible.  
 — Es lo mejor. Ya verá usted, ya verá usted que verano vamos a pasar.  
 — Lo único que sentiré será que los niños les ocasionen alguna molestia.  
 — ¿A nosotros? ¿Por qué?  
 — ¡Como ustedes no han tenido nunca familia!  
 — Está usted muy equivocado, dice la señora de D. Celestino. Yo tuve un niño que se nos crió muy hermoso; pero una noche lo dejamos al sereno, por un olvido, y a la mañana siguiente nos lo encontramos tieso encima de una cesta.  
 — ¡Pobrecito!  
 — ¡Ay! No puede usted figurarse el disgusto que yo tuve. Después nos nació otro, pero cuando iba a cumplir ocho días se nos volvió loco.  
 — ¡Qué cosa tan rara!  
 — Había usted de verle llevándose las manitas a la cabeza y dando chillidos como un ratón. ¡Dios nos hizo mil favores con llevarsele!  
 — Pues los míos son bastante traviosos.  
 — ¿Y eso qué importa? En Villamendruco tienen bastante campo donde correr.  
 Cuando dije a mi esposa que era preciso activar los preparativos del viaje, comenzó a gruñir.  
 — ¿Cómo quieres que acabe en pocos días todo lo que tengo que hacer?, me dijo furiosa.  
 — Pues toma una costurera, para que te ayude.  
 Vino, en efecto, la costurera, y entre ella, mi mujer y mi mamá política dejaron las cosas arregladas en cuatro o cinco días.  
 — ¡Ea! Ya nos podemos marchar cuando quieras, me dijo mi esposa.  
 Fui a ver a D. Celestino, a quien encontré en la cama, con un pañuelo atado a la cabeza y otro sujetándole la nariz.  
 — ¿Qué es esto?, pregunté sorprendido.  
 — ¿No sabe usted lo que le ha pasado?, exclamó su esposa. Pues que anoche se cayó de la cama y rompió con la cabeza el vaso de noche. ¡Si viera usted cómo tiene la nariz! Parece un repollo.  
 — ¡Qué desgracia!  
 — Mucha, dijo D. Celestino con voz doliente. Hoy han tenido que darme el chocolate con una caña, porque tengo toda la boca dolorida.  
 — ¿De suerte que ya no nos podemos marchar?  
 — Sabe Dios cuándo estaré en disposición de ponerme en camino.  
 Y pasaron ocho días, durante los cuales mi mujer y mi suegra me armaban un escándalo diario.  
 — ¿Y para esto hemos estado dándole a la aguja una semana entera?, gritaba la madre de mis hijos. ¡Ay qué maldito viaje!  
 — Yo no tengo la culpa.  
 — Tú y nadie más que tú, gritaba mi suegra. Ahora te ha dado por D. Celestino y en lo que menos piensas es en tu familia. ¡Quiera Dios que este viaje no nos salga caro!  
 — Pero, señora, ¿no comprende usted que hay cosas en la vida de las que no podemos prescindir? D. Celestino se empeña en llevarnos a su casa, y lejos de incomodarnos con él, debemos estar muy agradecidos.  
 — ¡Quiéralo Dios!  
 Por fin D. Celestino se vió libre de inflamaciones y emplastos.  
 — Conque, ya lo sabe usted, me dijo, mañana salimos para Villamendruco. Puede usted decirlo en su casa.  
 — Estoy deseando encontrarme allí, añadió la esposa. Ya verá usted qué casa tenemos.  
 Y llegó el instante supremo de encajonarnos en el tren.  
 La esposa de D. Celestino y la mía se abrazaron en la estación como si se hubieran criado juntas. Mi suegra apeló al recurso de la sonrisa para disimular la fiereza de su carácter, y ambas familias nos instalamos en un coche de primera.  
 El tren comenzó a rodar, y D. Celestino, colocando ambas manos sobre mis rodillas, me dijo cariñosamente:  
 — Vaya, vaya; al fin he realizado mi deseo de llevarme a ustedes a Villamendruco. ¡Vale más que Portugal! ¡No existe término de comparación! Es un pueblo muy sano. ¡Qué repollos aquellos!  
 — ¡Y qué aguas!, dijo la esposa.  
 — ¡Y qué truchas!

— ¡Y qué alcachofas!  
 — Estoy deseando conocerle, dije yo.  
 — Le gustará a usted mucho, aseguró la esposa de D. Celestino.  
 — ¿En Villamendruco hay mar?, preguntó uno de mis niños.  
 — No; pero tenemos una charca muy hermosa, contestó D. Celestino.  
 — Ya verán ustedes qué casa tenemos, dijo la esposa. Es un palacio.  
 — ¡Ay, qué gusto!, gritó mi niño el menor.  
 — Y van a estar ustedes muy bien, siguió diciendo la esposa de D. Celestino. Hay una fonda muy buena...  
 Mi mujer, mi suegra y yo nos miramos con asombro.  
 — Sí, dijo D. Celestino. Lo más que les costará a ustedes el pupilaje serán unas tres ó cuatro pesetas por persona.  
 — (¡¡ !!)

LUIS TABOADA

(Prohibida la reproducción.)

## FRANCISCO SCHUBERT

### COMPOSITOR AUSTRIACO

Ningún gran poeta se ha sumergido tanto en los misterios de la música como el austriaco Grillpärzer, el amante de la soledad y de la severidad, que buscaba en los sonidos el olvido de la miseria humana. Ha puesto en música hasta una canción de Heine, la que empieza: *Du schönes Fischermädchen* (Graciosa pescadorcilla). El, cuyos versos no tienen la sonoridad de las canciones de Goethe ni de las de Heine, en las cuales asoma ya el botón de la melodía, celebraba la música como la más libre de las artes, como la que habla un lenguaje no comprendido por los esbirros, como al querube que no pueden prender los guardias.

En los bosques de Viena recogió Grillpärzer sus pensamientos y Schubert sus melodías en que resuena todo lo profundo que conmueve el ánimo de un vienés, el calor y el gracejo de su sentimiento, su ligereza y su alegría. Schubert idealizó el sentir de su ciudad natal haciéndolo el bien común del pueblo alemán y un tesoro del mundo. El es el Cid de la música, pues cuando muerto celebraba sus mayores triunfos, creciendo su grandeza de año en año. Parecía que soñaba y que se le escuchaba hablar en sus sueños. Cada año salieron de su tumba voces dulcísimas hablándonos de obras desconocidas del maestro vienés, cuyos sonoros labios, cuando aún vivía, habían buscado en vano oídos abiertos. En frente del sordo titán que se llamaba Beethoven era Schubert casi un mudo, cubriendo aquél con su voz poderosa el son más suave de éste, que de Beethoven había recibido el nombre y santo de su creación, pareciéndose al joven pájaro que, sintiéndose como asombrado por el don de cantar que despertó en él, ensaya quedo su canción hasta que con la costumbre de escuchar crezca su aliento y su esfuerzo de trinar. Una composición de Beethoven hizo época en la carrera artística de Schubert. Al escuchar el ciclo de canciones titulado: *A la amiga lejana*, que salió en 1816 y en el que se desplegó una armonía riquísima y hasta entonces desconocida en la canción alemana, se inspiró en aquel nuevo principio lírico, cuyo centro no es la figuración plástica, sino el temple que producía efectos nuevos é inesperados. Así la musa de Schubert debió sus creaciones más bellas al genio de Beethoven. Pero éste, que en sus obras dejaba enigmas a la humanidad que no podía resolver sino el amor y la constancia de los oyentes, cubrió con su sombra profunda la figura del joven, y sólo cuando había una pausa en la composición musical después de la muerte de Mendelssohn y de Schumann, resonaba más clara la voz de Schubert, así como el ruiseñor que casi olvidaban en medio del bullicio del día levanta su dulce y armonioso canto cuando los otros pájaros ya enmudecieron. Y en el autor de canciones incomparables, cuya juventud caía en la edad de oro de nuestra música clásica, se conoció un artista que había cultivado todos los géneros del arte y que, si no tenía la universalidad de los pensamientos ni la lógica del desarrollo de Beethoven, ostenta en cambio en su círculo más estrecho un juego de colores y de matices infinitos, siendo su música el eco que devolvió más hermosas las voces alegres de Viena y las bocinas de su bosque.

La vida de Schubert Franzl — como lo apellidaban sus paisanos — era un martirio. El gran músico cuyas melodías despiertan nuestro entusiasmo y nos encantan cual rayos de sol, fué pobre como un ruiseñor. Su amigo más noble, el caballero José de Spaun, que como empleado de la Hacienda fué agraciado con un título de nobleza en recompensa de un servicio de

cincuenta años, dice en sus memorias respecto a Schubert: «Su condición era verdaderamente abrumadora. No encontraba ningún editor que se hubiese atrevido a ofrecerle la suma más pequeña por sus hermosas creaciones. El que fué tan rico en melodías no tenía bastante dinero para alquilar un piano. Pero las dificultades de su condición no disminuyeron su amor a la música. Debía de cantar, pues el canto era su vida. Fué siempre alegre, y por espacio de muchos años fué el huésped de su antiguo amigo en la común cena alegre que se prolongaba con frecuencia más allá de media noche. A veces pasaba la noche en mi cuarto durmiendo siempre bien y teniendo las gafas sobre sus ojos hasta en su sueño. Al día siguiente, apenas había vestido su ropa de levantar, componía las canciones más bellas.»

En cuanto a su aspecto, su amigo el pintor Mauricio Schwind decía de él que semejava un cochero corpulento. No importa; mientras siguiendo a los impulsos de su genio componía sus melodías que brotaron de una siembra de lágrimas, era ardiente y se parecía a una sonámbula.

Llamaremos el saludo de un genio a otro estas frases de Roberto Schumann: «Si la fecundidad es la señal más característica del genio, *Francisco Schubert* figura entre los más grandes. Había un tiempo en que yo no quería hablar de Schubert, no atreviéndome a contar de él sino por la noche a los árboles y a las estrellas. ¿Quién no se extasia? Encantado de ese nuevo ingenio cuya riqueza me parecía ilimitada, sordo respecto a todo lo que podría hablar contra él, no pensaba sino en él. Schubert será siempre el favorito de la juventud: tiene lo que ésta quiere, un corazón abundante, pensamientos atrevidos; le cuenta historias románticas de caballeros, niñas y aventuras; tiene también chiste y humor, pero no demasiado para perjudicar al temple fundamental, a la disposición blanda. Da alas a la fantasía del que toca ó canta sus composiciones. Comparado con Beethoven es un niño que juega entre gigantes. Pero comparado con los demás es el músico más atrevido y más independiente. Tiene sonidos para los sentimientos más finos. Su música es tan variada como las aspiraciones humanas. Cuanto mira con los ojos y toca con la mano, lo convierte en música; de piedras que arroja, como Deucalión y Pyrrha, brotan figuras humanas. Era el más egregio después de Beethoven. La bondad de sus obras puede consolarnos de la muerte prematura de ese primogénito de Beethoven. Ha alcanzado más que nadie en tiempo tan breve. Con faz serena pudo arrostrar la muerte, y si en su tumba se lee que se enterraba con él «una posesión hermosa, pero aún más hermosas esperanzas,» nosotros no queremos pensar agradecidos sino en aquella. Hizo bastante, y ha de ser celebrado quien cumplió tanto.»

La claridad cristalina de sus composiciones nos recuerda la quietud serena de los antiguos, pero su esencia y su carácter hacen de él un genuino romántico que con mano segura dominaba toda la escala de los sentimientos desde la sonrisa de la alegría hasta la explosión de la desesperación. Su esfera era la canción artística, que comparada con la canción popular, esa sencilla flor silvestre que nos saluda en medio de hierbas olorosas al borde de una fuente ó a la sombra de árboles seculares, y que encontramos en todos los pueblos, sobre todo en la nación alemana, en la italiana y en la española, es la magnífica centifolia ó la camelia que nos encanta en el jardín ó cual ramillete aromático en los cabellos de hermosa mujer.

Entre sus cien canciones mencionaremos su primera, la que nació en 1815 como fruto delicioso de una sola tarde, esa canción de las canciones, el *Erlkänig* (rey de los alnos), que estribando en la poesía de Goethe contiene los efectos todos de fuerza dramática y de colorido animadísimo que la música podría producir en la forma reducida de una canción. ¿Quién lo imaginaría? Sólo poco antes de morir saboreó Goethe, gracias al arte incomparable de la ilustre cantante Guillermina Schroder-Devrient, las bellezas del *Erlkänig* de Schubert. Lo mismo que Goethe se interesó Beethoven sólo en sus postrimerías por las composiciones del modesto músico, exclamando ante esos saludos de la naturaleza, ante esas canciones que nos trasladan a la fuente cristalina de los bosques: «¡Hay en Schubert una centella divina!»

El mismo Schubert no recordaba todas sus canciones. Cuando un día le presentaron una de éstas pareciéndose a las florecillas que forman el aliento perfumado de las primavera, preguntó: *Schau's, des Lied is nit unebn, von vem ist denn das?* (Esa canción no es mala, ¿de quién es?) ¿Quién enumeraría, pues, todas las canciones notables del maestro vienés? Me limitaré a citar *El caminante*, los ciclos de las poesías de Guillermo Müller, titulados *La hermosa molinera* y *El viaje de invierno*, y el ciclo *Canto de*



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. - Instalación de juguetes de la ciudad de Sonneberg, dibujo de E. Limmer



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. - La danza argelina, dibujo de E. Limmer



Una visita á los gitanos

cisne, en el que se encuentran algunas poesías de Heine, por ejemplo la que empieza *Am Meer* (En la mar).

Dicen que halló las poesías de Müller en casa de un amigo, se llevó el tomo sin que éste lo supiese, y al día siguiente le sorprendió con el libro y la bellísima música *La hermosa molinera*.

Además de sus canciones ocupan un puesto privilegiado en nuestra literatura musical algunas composiciones de cámara y su última sinfonía, que llamaremos la décima musa después de las nueve engendradas por Beethoven. Escribió también las óperas *Alfonso y Estrella*, *Fierabrás* y la opereta *La guerra doméstica*; pero la posteridad le llamará siempre el gran lírico, pareciéndonos el genio de la primavera que corona el mundo con botones y flores, dejando la tormenta y la cosecha á las estaciones que siguen.

En la existencia tranquila de *Schubert* no hay otro romanticismo más que la pobreza del artista. Vió la



Tipo de gitano mendigo

luz solar en Viena el 31 de enero de 1797, como cuarto hijo de un pobre maestro de escuela á quien su esposa Isabel Fitz, que había sido cocinera, parió catorce hijos. Francisco debió su educación musical al regente de coro Miguel Holzer, que dijo de él: «Mi discípulo lo debe todo al buen Dios,» y en 1808 entró de alumno en el convento y de niño de coro en la capilla imperial de Viena. De 1813 á 1817 ayudó á su padre en su cargo de maestro. En 1818 y 1824 estaba en la casa de campo del conde de Esterhazy, situada en Hungría, donde fué á la vez el maestro y el amigo. Como Dante vió su estrella en Beatriz, Petrarca en Laura, Miguel Angel en Victoria Colonna y Tasso en Leonor, el pobre *Schubert* amaba á la joven condesa Carolina Esterhazy. Pero mientras el amor á la que era inaccesible á sus deseos fué para *Schubert* un sueño, una ilusión, la amistad era para él una realidad, haciéndose el músico, que parecía vivir siempre en una Arcadia poética, en una Atlántida mágica, amar tanto por su alegría, que las tertulias en que en sus mocedades tomaban parte muchos otros artistas, pintores y poetas, se llamaban *fiestas schubertianas*. Murió Francisco en Viena el 19 de noviembre de 1828. Era como si Beethoven, á cuyo entierro había asistido y en el cual se había inspirado su genio, se le hubiese llevado á la tumba. Su oscuro cal-

vario se convirtió, al morir él, en un altar resplandeciente de luces. En un huerto del cementerio central de Viena tiene un sepulcro privilegiado, un sepulcro de mérito junto á Beethoven. Y desde 1872 vese la figura de *Schubert* en mármol de Carrara en el *Stadt-park* de Viena en medio de flores. Hermoso es el monumento que se yergue sobre intangible pedestal formado por las obras del artista, sus inmortales canciones.

JUAN FASTENRATH

## LA TIERRA DE LOS GITANOS

## I

Hallándome en Filadelfia fuí á visitar por primera vez la tierra de los gitanos. En la época á que me refiero, la mencionada ciudad me parecía muy triste; mas ahora, después de largos años de ausencia, me encantan sus elegantes calles, flanqueadas de dos líneas inmensas de casas de mármol blanco y de ladrillo rojo; las magníficas mansiones coloniales, abandonadas por la moda largo tiempo ha; las antiguas iglesias, con su reducido cementerio, y los establecimientos públicos, donde se reúnen tantos franceses. Todo esto me seduce ahora, y mi ciudad me parece más hermosa y pintoresca que muchas de las que tienen mayor fama en el mundo; si en otro tiempo me aburrí de ella, como todos los buenos hijos de Filadelfia, fué porque había visto poco. Necesitaba algo nuevo, algo extraño, algo diferente, que rayase en lo novelesco; y esta novedad, esta novela, este contraste, parecióme que los encontraría en los gitanos: yo era joven, y á mis ojos llevaban en sí todo el reflejo del Oriente, todo el misterio de lo desconocido.

Llegados los primeros días de la primavera, cuando los árboles comenzaban á reverdecer y se oía el alegre gorjeo de los pajarillos, solíamos dirigirnos con mi tío Ham Breitmann y á veces también con J..., aficionado como yo á los gitanos, por la calle Ancha á los arrabales, porque allí era donde en el sitio llamado Parque de Oakdale, en parte cerrado por una línea de frondosos árboles, tenía establecido su campamento la familia de los Castellones, que viajaba en la dirección Norte después de haber pasado el invierno en la Florida. Debo añadir que en ninguna parte, desde uno á otro extremo de Filadelfia, fuimos recibidos nunca con tanta cordialidad como en aquellas tiendas de lona pardusca, donde se nos invitaba á sentarnos sobre una alfombra extendida en el suelo, pues se ha de advertir que los Castellones eran ricos. Nos servían cerveza en jarros de plata, señalado cada cual con diferentes iniciales, y sabían distraernos con la narración de curiosos incidentes; mientras que los niños y los perros se revolcaban sobre las altas hierbas, y la cabra favorita entraba en la tienda para restregarse contra el anciano jefe de la tribu y los caballos pacían bajo los manzanos.

Pero en el otoño, cuando el aire era más bien frío que fresco, y los campos estaban magníficos con sus matices de escarlata y oro, y cubiertos de brillantes crisantemos, dirigíamos nuestros pasos á Camden, á cierta distancia de la ciudad, donde Davy Wharton y los Boswells tenían su campamento. También allí éramos recibidos muy cordialmente, como todos los

viajeros que iban á visitar á la tribu. Algunas veces veíamos en las calles más populosas algún gitano que nos sonreía, ó en las inmediaciones de la ciudad divisábamos de pronto una tienda de campaña á orillas del camino, y estos encuentros inesperados tenían para mí todo el encanto de lo imprevisto. En no pocas ocasiones nos alejamos mucho de Filadelfia para ver una feria de campesinos en cualquiera ciudad de Nueva Jersey, y recuerdo que en cierta excursión de este género fuí presentada á los Lovell.

Parecíame á mí entonces que nada podía ser tan encantador como el género de vida de aquel pueblo extraño, errante siempre á su antojo, trasladándose desde los verdes pinares del Maine á los lejanos naranjales del Sud; plantando sus tiendas tan pronto á la sombra de floridos jardines como en regiones abrasadas por el sol; durmiendo y entreteniéndose con sus cantos y danzas, y sin pensar en el resto del mundo que se ufana y agita en medio de la miseria. Cuando yo comunicaba estas reflexiones á mi tío, reíase de la mejor gana y decíame que si yo pudiese ver los gitanos húngaros me causarían mayor admiración aún, porque eran más típicos, más salvajes é independientes, y porque en sus cantos y representaciones se revelaba toda la extraña belleza y la poesía de su vida.

Cierto domingo por la mañana, cuando pasábamos por la calle de Chestnut, encontramos tres gitanos que me causaron el mayor asombro: eran de elevada estatura, delgados y musculares, con facciones muy



agraciadas, como las de las figuras que yo he visto en muchos antiguos cuadros florentinos; su cabello, largo y negro, pendía en rizos sobre los hombros; llevaban gorras negras de piel, una línea de botones de plata como adorno en en sus chaquetas azules, y al hombro unos grandes sacos de lona. Mi tío los detuvo para hablarles: eran gitanos de Hungría, y cuando sonrieron pude admirar sus blancas dentaduras, así como el brillo de sus ojos al oír la primera palabra que se les dirigió en su dialecto.

Pero muy pronto se agolparon alrededor muchos curiosos que nos molestaban con sus preguntas. «¿Quiénes son? ¿De dónde vienen? ¿Qué dicen?» Esto era intolerable, y estrechando las manos de aquella buena gente, nos despedimos.

Así se despertó mi simpatía por los gitanos: después de aquel encuentro comprendí que nunca estaría contenta hasta que hubiera ido á la verdadera



Gitano de pura raza



Gitanos al través de los campos

tierra de aquéllos, á Hungría; y cuando volví á ver á los Castellones en su tienda del Parque de Oakdale, y hablé después con Davy Wharton en los bosques de las inmediaciones de Camden, eché de menos en ellos alguna cosa y pensé que habían perdido algo para siempre, aunque sin poder apenas determinar qué sería.

Un año después, cuando llegó el verano, mi tío emprendió una excursión hacia el Norte para recorrer los pinares, y pasó largas horas en los wigwams indios; mientras que yo me aburría en mi casa, oyendo continuamente el monótono canto de los grillos.

Pero una mañana leí en la columna de anuncios del Ledger que los gitanos húngaros iban á dar un concierto en los jardines de Manerchor, lugar que no frecuentan las personas de la clase acomodada, porque lo creen inconveniente. Esto podía ser en mí una ligereza, pero poco me importaba que se criticase, tratándose de ir á ver los gitanos.

II

Era una noche de julio muy calurosa cuando Ned, mi hermano, y yo tomamos el primer tren de la noche para ir á los jardines de Manerchor. Mi familia quedaba en la Granja, sentados todos á la puerta para aspirar la suave brisa que apenas refrescaba la sofocante atmósfera. Pronto llegamos á los jardines: apenas eran las siete y media, y el concierto no comenzaba hasta las ocho, así es que había muy poca gente sentada á las mesas puestas debajo de los árboles.

Los camareros nos miraron con cierta curiosidad: fuimos á sentarnos junto al sitio destinado á los músicos, y no pasó mucho tiempo sin que viéramos llegar dos ó tres de los ejecutantes. No llevaban gorras de piel ni botones de plata, ni tampoco el cabello rizado; pero no podía dudar de lo que eran. Más morenos y de tez más curtida que las de los Lovell ó las de los Davy Wharton, reconocí en ellos al punto gitanos, no solamente por el aspecto, sino por sus ojos y facciones.

El reloj del café marcaba las ocho menos diez; los camareros, moviéndose al fin con más actividad, comenzaron á pasar y repasar con jarros y vasos de cerveza; los alemanes, asiduos concurrentes al jardín, ocupaban rápidamente las sillas alrededor de las mesitas, y á los pocos instantes vi que algunos hombres entraban con varios instrumentos. No había tiempo que perder, y al punto nos acomodamos en el mejor sitio, pues yo no quería perder ni una sola nota de la música.

Entretanto los músicos tomaban posición preparando sus violines; el director, con el suyo levantado

y al frente de sus compañeros, miróme y me saludó, siguiendo el ejemplo todos los ejecutantes.

Entonces comenzó el concierto: yo no sabía, como sé ahora, que tocaban czardas; pero recuerdo muy bien que las notas del violín, mezclándose con las del címbalo, expresaban tan pronto la fuerza de la pasión, la tristeza del alma, el amor ó la cólera. Aquello tenía un verdadero carácter gitano por la violencia y el frenesí con que se expresaba: era más de lo que yo podía haber soñado.

Cuando los gitanos dejaron de tocar acercáronse á mi mesa, mientras que los alemanes se mostraban cada vez más sorprendidos. Los músicos comprendían por mis ojos cuánto placer me había causado oírlos, y esto era suficiente para que estuviesen contentos. Erame fácil entenderme con las gitanas inglesas, y por ellas supe, con cierta humillación para mí, que el gitano húngaro sabe expresarse mejor y es más instruido que el nuestro. Todas las palabras que yo pronunciaba en romani eran acogidas alegremente. Cierta individuo habló francés, pero de una manera atroz, y otro se expresó en alemán nada correcto; un joven de ojos brillantes era quien conocía mejor aquellos idiomas y pudo comprender todas mis frases.

¿Me tomarían á mí por una mujer de su raza? Creo que no, pues conocen demasiado bien á su pueblo; en todos ellos hay cierto misterio impenetrable, y así como los francmasones, tienen una señal mística



Una familia de gitanos

que les sirve para reconocerse. Muy impresionables y de rápida comprensión, adivinaron, sin embargo, que yo era su amiga. El jefe, como para darme una prueba de su deferencia, presentóme á su mujer, que viajaba con él; hízola sentar á mi lado, y después, con la gracia característica de esa gente y según la costumbre húngara, envió á buscar cerveza y chocó su vaso con el de mi hermano y el mío, ofreciéndonos su amistad.

Después de esto, el director de la orquesta, Karl Sentz, quiso que sus compañeros tocaran algunos valsos y oberturas; y mientras lo hacían, el joven de ojos brillantes, llamado Rudi, según me dijo, inclinóse hacia mi silla y murmuró en alemán: «Ahora tocan con los papeles á la vista; pero nosotros nos guiamos casi siempre por el corazón.»

Las czardas se repitieron después una tras otra, llenando de música y alegría aquel tranquilo rincón de Filadelfia, y cuanto más tocaban los ejecutantes mayor era su entusiasmo. Sus negros ojos brillaban; tenían el rostro encendido, y cuando se apoderaba de ellos el frenesí, gritaban al compás del violín, quedando luego como sumidos en un éxtasis.

Aquel concierto fué el principio de una larga serie de otros á cual más agradables, y no me faltó cuanta música pudiera desear. Una semana tras otra los gitanos dieron á conocer su repertorio en los Jardines de Manerchor, sin que yo faltase una sola noche.

Los tales conciertos, contrariamente á lo que yo esperaba, alcanzaron gran éxito; y muy pronto acudió mucha gente de todo Filadelfia, así como de los arrabales, reuniéndose en Manerchor un público numeroso. Tal vez algunos no iban por el placer de oír la música, y sí atraídos por la animación que encontraban en aquel sitio; mas como quiera que fuese, la concurrencia era cada vez más lucida. Desde entonces no fué raro ver en reuniones de buen tono algunos de esos bohemios, fáciles de conocer por sus casacas azules y su calzón encarnado.

Transcurrió el mes de julio y también el de agosto; los gitanos se habían contratado para tocar en los jardines de Manerchor solamente un mes; mas el pueblo de Filadelfia comenzaba á tomar el gusto á su música, y en su consecuencia resolvieron dar algunos conciertos más en el Parque de Belmont, sitio más propio para tales fiestas y más pintoresco por la vista del río que desde él se disfrutaba.

La música de los gitanos parecía allí más apasionada y producía más profunda impresión. Los violines emitían notas más sentidas y plañideras, y los mismos ejecutantes entusiasmábanse al parecer cuando cantaban algunas de sus czardas.

En Belmont fuí tan obsequiada por los gitanos como en Manerchor; en los intervalos de descanso venían á sentarse junto á mí, y á veces paseábamos juntos por el silencioso parque; de modo que al fin se formó entre nosotros un verdadero lazo de amistad. En tales ocasiones hablábanme de la extensa llanura de Hungría, de los salvajes valles de los Kárpátos, de sus familias y de sus relaciones.

Una noche Rudi me dijo que sus compañeros y él deseaban que fuese á oírlos á la mañana siguiente, porque tocarían como nunca lo habían hecho, á fin

de que formase clara idea de cuanto eran capaces de hacer con sus violines. Añadió que dentro de una semana iban á salir de Filadelfia, y que tal vez pasaría mucho tiempo sin que volviéramos á verlos, pues proponíanse recorrer otras ciudades americanas. Rudi me preguntó si accedería á sus deseos.

Ya se comprenderá que contesté afirmativamente, dada la extraña simpatía que me inspiraban aquellos bohemios, y que me valió no pocas censuras, tal vez merecidas. El último concierto debía darse en Manerchor, y mi amigo J... me acompañó á los jardines, donde los gitanos me esperaban mucho antes de comenzar la función. El jefe se adelantó para recibirme y condujome á la mesita, que llamaban «mía,» invitándome á sentarme junto á su mujer.

Los músicos se esmeraron como nunca; Rudi tenía razón; hasta entonces no supe yo cuánto podían expresar los violines y los címbalos.

Por cierto que aquel día me ocurrió una aventura que al principio me inquietó; los gitanos miráronme desde que llegué con extraña expresión y sonriéndose con aire triunfante, y en su proceder observé cierto misterio que me hizo entrar en temor, así es que mientras ejecutaban una de sus czardas intenté esca-



Tipo de gitano



GITANA GRANADINA, dibujo de Isidoro Marín





UN NOVILLERO DESDICHADO, dibujo de Carlos Arregui



# UNA FRANCESA EN EL POLO NORTE

POR PEDRO MAEL. — ILUSTRACIONES DE ALFREDO PARIS

(CONCLUSIÓN)

Aquello debió producir muy mal efecto entre los osos; pero como estos animales tienen fama de pacienzudos y filosóficos, se reunieron en consejo, y

Servan, debió también guardar cama, vencido por el exceso de fatiga.

Pero lo que más afligía á los testigos de aquel lú-

apetito voraz de los osos obligados á tan largo ayuno. El equinoccio había pasado y el frío continuaba reinando.

El día 2 de abril, los oficiales, por consejo del doctor Servan, decidieron que se abriesen las escotillas y que, á pesar de que el termómetro marcaba 30 grados bajo cero, se dejasen abiertas durante unos minutos.

Después de largas discusiones nadie quiso que se distribuyera el contenido de un último tubo de oxígeno líquido que quedaba.

Entonces, con infinitas precauciones para atenuar la brusca entrada del frío, pues en el interior del buque aún había seis grados de calor, se abrieron poco las portas hasta que la temperatura llegó á cero, para que no hiciera demasiada impresión la entrada del aire exterior por las grandes escotillas.

Luego se levantó la tapa de la escotilla mayor, y en aquel momento un ruido singular que se oyó en la cubierta del buque llamó la atención de todos.

Pasos pesados, ruido de cuerdas que se rompen, arañazos significativos y crujidos insólitos del maderamen denunciaron la presencia de huéspedes extraños en el barco.

A los primeros rumores que se oyeron, comprendieron ya de qué clase de huéspedes se trataba.

— ¡Los osos!, exclamó con voz fuerte Guerbraz, que vigilaba la maniobra de aeración.

No tuvo tiempo de decir más. Las maderas de la tapa crujiéron bajo un peso considerable y se hundieron, y por la abertura aparecieron las fauces sanguinolentas y los ojos rojos de un oso, en tanto que una corriente de aire helado hacía violenta irrupción en flancos del navío.

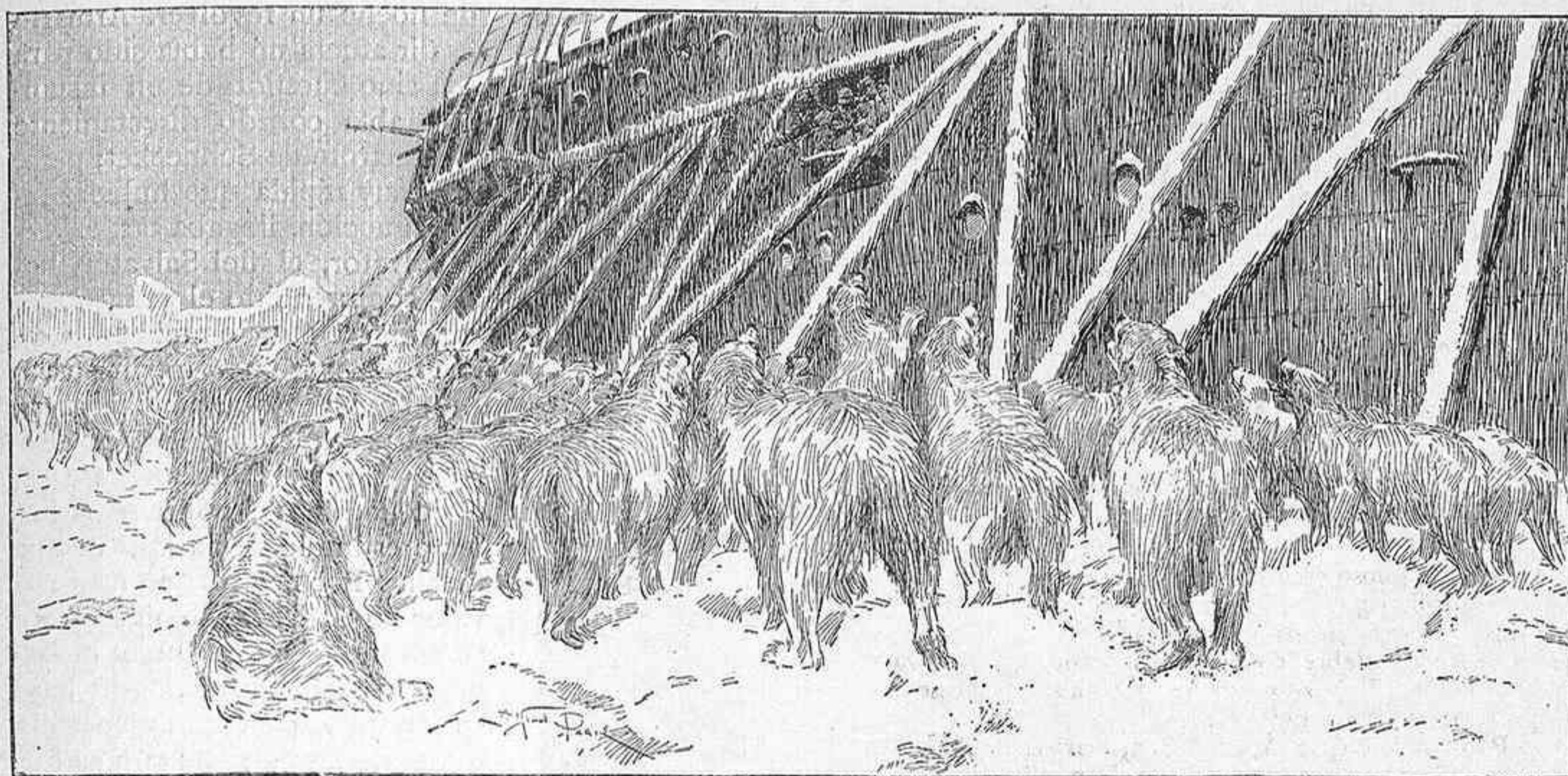
## XVI

### BATALLA Y SALVACIÓN

La situación era verdaderamente crítica.

Engolosinados por las emanaciones del steamer, los terribles plantígrados, sobreponiéndose al cabo á su temor y más atrevidos por la ausencia total de movimiento, se habían decidido á tentar el abordaje. Habían podido operar sin resistencia, y la abertura de las escotillas les permitía atacar ahora la tripulación de la *Estrella Polar* hasta sus últimas trincheras.

La gran escotilla, cediendo al enorme peso del oso, había caído sobre el hombro de Guerbraz, que recibió un choque formidable. El hércules bajó la escalera con sus compañeros, llevando la alarma al interior del buque. En cuanto al oso, encontrando vacía la plaza y libre el camino, había avanzado gruñendo



Empezaron el sitio de la *Estrella Polar* en toda regla

empezaron el sitio de la *Estrella Polar* en toda regla.

No era que hubiese ningún peligro para los expedicionarios con la presencia de los osos, pero resultaba ésta muy fastidiosa.

Efectivamente, en tanto que aquellos vecinos permanecieron allí, no podía pensarse en las excursiones que imponía la higiene más elemental. Era preciso, pues, desembarazarse de ellos lo más pronto posible.

Quedó decidido que no se vacilaría respecto á los medios que debían emplearse, siendo los más violentos y expeditivos los que por mejores fueron reputados.

Los sitiados se distribuyeron en tres secciones de diez hombres cada una, mandadas por el comandante Lacrosse, por d'Ermont y por Hardy.

A cada sección se le señaló un día de guardia y una función determinada.

Hasta entonces poco se habían inquietado los de la *Estrella Polar* con tan pesada compañía, pero fuéles preciso conceder á los osos mayor atención cuando vieron que el número de animales aumentaba en fantásticas proporciones.

Un día, cuando montaba la guardia el teniente Pol, no pudo por menos de exclamar:

— Vamos, parece que lluevan osos.

— ¿Qué queréis decir con eso?, preguntó el comandante, que había oído la exclamación.

— ¡Diantre!, dijo el joven oficial riendo; vedlo vos mismo. Ayer había veintidós osos por aquí, y que me maten si ahora no hay cincuenta.

Al comandante Lacrose bastóle echar una ojeada alrededor del barco para convencerse de que el teniente no exageraba: por todos lados se veían osos, y el número de cincuenta, por extraordinario que pareciera, no era en modo alguno exagerado. Esta observación le causó verdadera inquietud.

— Algo extraño debe haber ocurrido en estos parajes, exclamó.

La situación, sin ser verdaderamente crítica, era algo peligrosa, pues se veía bien claro que, empujados por el hambre, llegaría pronto el momento en que los osos asaltarían el buque.

En el interior de éste el estado de los enfermos no mejoraba. Hacia el 15 de marzo un recrudecimiento del frío obligó á los invernantes á encerrarse de nuevo en el barco: el mercurio se había vuelto á congelar, y el hielo del pack, que parecía próximo á romperse, había recobrado su espesor y consistencia anteriores.

Para colmo de desdichas, el escorbuto hizo su aparición entre los hombres válidos de á bordo, y el cirujano Le Sieur, el compañero y ayudante del doctor

gubre drama era la lenta agonía de Tina Le Floch. La pobre nodriza se moría en efecto, y no había sistema humano de salvarla, ni siquiera de hacer menos amargos sus últimos momentos.

Isabel, aunque rendida de cansancio, no abandonaba ni un momento la cabecera de la enferma.

La moribunda no conservaba ninguna esperanza, y tan sólo sentía morir sin volver á ver la tierra de Armor.

La señorita de Keralio renovaba su energía y sus cuidados para prolongar una existencia que se acababa.

Por otra parte, el sitio de los osos había engendrado otro riesgo. La atmósfera interior iba haciéndose irrespirable, y la provisión de oxígeno líquido estaba agotada, pues sólo quedaba un tubo que se guardaba para un caso extremo y especialmente para uso de los enfermos. Era urgente airear los camarotes y la bodega, cosa que no podía hacerse sino abriendo con precaución las portas, lo cual no bastaba para purificar la atmósfera cargada de ácido carbónico.

No eran solamente los gases de la calefacción cotidiana los que mantenían esta atmósfera mefítica, sino principalmente las respiraciones acumuladas y



El animal engolosinado empezó á devorar el cadáver

provenientes algunas de ellas de pechos enfermos, y también las emanaciones de la cocina, cuyos rancios olores apestaban el aire ambiente y debían excitar el

y en el momento en que los hombres reaparecieron con armas, encontraron el gigantesco animal á la entrada del corredor.

Inmediatamente, carabinas y revólveres hicieron fuego, y apenas había dado dos pasos caía muerto.

Desgraciadamente, detrás de aquél habían penetrado tres osos más.

Dos de ellos, asustados por las detonaciones, volvieron á subir por la escalera más aprisa que bajaron; pero el tercero, azorado, equivocó el camino, y en vez de huir hacia la escotilla, se metió en la parte del corredor que daba á los camarotes. Allí era precisamente donde estaban los enfermos.

En aquel momento, Isabel, sentada cerca de su nodriza, se esforzaba en consolar á la pobre mujer. Una piadosa conversación se había entablado entre ellas; y la joven, supliendo en cuanto podía los consuelos de un sacerdote, trataba de reconfortar el ánimo de la bretona.

— La vida es corta, mi buena nodriza; todos un día ú otro debemos abandonarla. Afortunadamente esto es sólo un mundo de paso, y más allá encontramos la verdadera vida, aquella en que el duelo y el sufrimiento son desconocidos y donde se goza la dicha más pura y la presencia de las personas que en este mundo hemos querido.

Hablando de este modo enjugaba las lágrimas que corrían por los ojos de la pobre mujer, y la moribunda, consolada, la miraba sonriendo y le contestaba así:

— ¡Oh, hijita de mi alma!, decía. Siempre continuas siendo para mí lo que eras en otro tiempo, la niña buena y cariñosa, temerosa de Dios y que compadecía y socorría á los pobres! Siento que bajo tu mano, bajo tus ojos y escuchando tus palabras, la muerte será menos dura.

De repente, el ruido de las detonaciones hizo estremecer á las dos mujeres.

Isabel se levantó sobresaltada y corrió á la puerta, que entreabrió. Retrocedió espantada lanzando un grito.

El oso estaba á dos pasos de ella buscando una salida para huir. Al ver la puerta entreabierta se precipitó.

La señorita de Keralio tuvo por fortuna tiempo de cerrarla, y palpitando de miedo, se arrojó contra ella para contrarrestar en lo posible el empuje del animal.

Pero este choque no se produjo.

¿Había renunciado el oso á su proyecto ó se había marchado?

En tanto que la joven se hacía esta pregunta, el drama al cual ella había escapado se proseguía en el fondo del pasillo.

En aquel sitio estaba situado el camarote del químico Schneckler. El traidor, á pesar de la gracia que se le había hecho, no había renunciado ni mucho menos á la idea de venganza. Cuando se le hubo dicho la medida de que sería objeto en la primera escala que en puerto francés hiciese la *Estrella Polar*, no vivía sino para satisfacer este deseo de venganza.

«Muerte por muerte, se había dicho, tanto monta morir en seguida, y así por lo menos escogeré yo el género de muerte, y será tal que destruya conmigo hasta el último germen de esta expedición que tanta gloria habría de proporcionar á estos hombres que me han condenado y que yo execro.»

La ocasión acababa de ofrecerse á él para poner en planta su infernal proyecto.

Se había dado orden de extinguir los fuegos, pero no debía durar tal extinción mucho rato, sino el necesario para renovar la atmósfera del steamer. En consecuencia, las estufas continuaban en situación de poder volver á encenderse, dejando tiempo suficiente para renovar el aire. Por lo que hace á los tubos, quedarían abiertos continuando su oficio de verter gas en la cámara de dilatación.

Bastaba, pues, que Schneckler pudiera llegar allí, abrir las espitas conductoras y acercar una llama á ellas para que instantáneamente se produjera una es-

pantosa catástrofe. Estallaría una explosión formidable; el hidrógeno, merced á los terribles carburos que genera, y que se conocen en las minas con el nombre de *grisou*, se esparciría en torbellinos de llamas por el interior de la *Estrella Polar*, destruyéndolo todo á su paso y quemando el desgraciado buque y á cuantos le habitaban.

La horrible alegría del miserable debió ser parecida á la que sienten los demonios mirando las calamidades que engendran.

Todo favorecía su proyecto. La tripulación estaba

sor. Una lucha furiosa empezó entonces, pero no fué larga; no podía serlo. En un abrir y cerrar de ojos el alemán fué derribado, desgarrado por las zarpas del oso y aplastado entre sus poderosos brazos. Y por dos veces las fauces repugnantes del plantígrado se cerraron sobre la cabeza de Schneckler, que quedó convertido en una masa informe. El animal, engolosinado y viendo que encontraba un festín donde sólo buscaba una puerta de escape, empezó á devorar el cadáver.

Pero los gritos de Schneckler se habían oído y todos acudían. Isabel, generosa como siempre, fué la primera en acudir en socorro del miserable traidor.

Había cogido de una mesilla de noche un revólver. Armarlo y salir afuera no había sido para ella sino cuestión de un instante. Había corrido directamente al camarote de Schneckler; pero, por muy rápida que hubiese sido su acción, llegaba tarde.

Salvator, el fiel Salvador, había comprendido el peligro que corrían cuantos le amaban, y de un solo brinco, sin medir su valor el peligro que afrontaba, se había precipitado sobre el enemigo y le había hecho presa en el cuello. Pero el pobre perro había presumido demasiado de sus fuerzas. Por mucho que fuese su valor no podía salir con bien de su empresa. Así es que el monstruo lo había aprisionado bajo su enorme pata y amenazaba romperle las costillas con su formidable presión. Y aun si Salvator se escapó con bien fué debido á una circunstancia fortuita.

El oso, á quien habían distraído en su ocupación, que consistía en devorar al miserable Schneckler, después de haberse levantado un instante, había caído otra vez sobre sus patas, derribando al perro debajo de él. Salvator, aunque medio ahogado, escapaba por lo menos al abrazo del plantígrado. Fué el momento en que Isabel intervino muy á tiempo. Cuatro veces descargó su revólver sobre el animal, y cuatro veces lanzó éste rugidos de dolor, pues las balas habían penetrado en su cabeza y en su cuello. Desgraciadamente aquellas heridas, aunque graves, no lograron sino exasperarle más. Se levantó por tercera vez, sacudió el perro y se precipitó sobre Isabel.

Todo habría acabado para la joven, si en aquel momento Guerbraz no hubiese intervenido en la lucha enarbolando un hacha.

Blandida por aquella mano de hércules, el arma cortó á cercén una de las patas del monstruo, y en tanto que rugiendo de dolor caía en el suelo, un segundo golpe le hendió el cráneo.

Aquella vez la enorme bestia cayó para no levantarse más, tapando bajo su masa el cuerpo destrozado del químico.

Entretanto, por la escotilla abierta había penetrado gran cantidad de aire. Un frío intenso se sentía en el navío, que media hora antes tenía todavía una atmósfera tan templada.

Era preciso, pues, encender de nuevo los fuegos. Se tapó otra vez el peligroso orificio y el gas fué puesto en comunicación con las chimeneas.

Tranquilos ya respecto á los resultados de aquella agresión, los oficiales de la *Estrella Polar* deliberaron acerca del partido que debían tomar. El consejo fué breve y el plan quedó convenido. Ante todo urgía desembarazarse del cadáver del animal.

Guerbraz fué también quien se prestó á salir para saber la situación del exterior.

Abrió con precaución una de las puertas que daban á la galería de popa. El atrevido gaviero, por una maniobra hábil, se encaramó sobre cubierta, llevando un revólver y una carabina.

Las noticias que dió fueron satisfactorias.

Sorprendidos y asustados por las detonaciones, los



Isabel, aunque rendida de cansancio, no abandonaba ni un momento la cabecera de la enferma

distribuída en todos los puntos en que era necesaria su presencia, y la llegada inesperada de los osos había hecho que se reunieran todos los hombres en un solo punto.

El químico llegó, pues, sin dificultad hasta el departamento de los hornos. Estaba vacío. Pero llegado allí, advirtió que, por medida de precaución, Huberto había separado el tubo de la cámara de dilatación. En las cañerías no quedaba, pues, sino el hidrógeno ya repartido por el recipiente. Para abrir éste, ó para romper uno de sus conductos, era preciso operar una presión violenta. Como no tenía ningún instrumento á mano, se fué hacia su camarote cogiendo rápidamente un escoplo y un martillo. De repente un soplo cálido y un ruido sordo hizo que se volviera. Se detuvo lívido, sin voz, y sus cabellos se erizaron sobre su cráneo.

El oso, buscando una salida y no pudiendo forzar la puerta del camarote de Isabel, empujó la del químico. Entró sin resistencia. Entonces pasó una escena horrorosa.

El animal, irritado, se levantó sobre las patas traseras, llenando el estrecho espacio con su cuerpo. Schneckler, asustado, quiso huir, lanzando un grito agudo inarticulado. Pero el monstruo, sin duda creyendo que se le atacaba, se convirtió á su vez en agre-

osos se habían marchado de un sitio en que tales ruidos y trepidaciones se oían. Sólo quedaban dos sobre el puente.

Huberto, el comandante Lacrosse, los tenientes Pol y Hardy escoltaron á Guerbraz, y tres detonaciones estallaron y cayeron al suelo los dos osos. Después de lo cual, los hombres volvieron á hacer guardias, pues era preciso que no pudieran los osos hacer ninguna nueva tentativa.

Terminado el equinoccio, se había entrado en la época de día perenne, y exceptuando una media hora en que el sol se ocultaba, no había que temer sino el exceso de luz.

Pero aun cuando esa noche fuese muy corta, no por ello dejaban de adoptarse medidas de precaución y se hacían proyecciones eléctricas sobre el campo de hielo.

Al mismo tiempo los dos cañones-revólveres Hotchkiss fueron puestos en batería y cargados de metralla, y su primera descarga mató á seis osos entre las apretadas filas de sus compañeros.

El frío, después de una recrudescencia tan cruel, remitió algunas veces, y el 28 de marzo el mercurio, bruscamente deshelado, subió, sin pararse, hasta 10 grados.

Al día siguiente, 29, una violenta tempestad del Sud que llenó los ecos con los crujidos de los icebergs y los ruidos fúnebres del campo de hielo, duró largas horas y produjo algunos defectos de poca consideración en el buque.

También entre los varios efectos que causó hubo el de alejar por algunas horas á los osos.

El día 31 pudo juzgarse de los efectos de la tempestad. La *Estrella Polar*, inclinada sobre su basada, había separado las armaduras de acero de ésta de modo que todo su peso cargaba sobre la quilla: una profunda grieta se abría delante de su roda y esa circunstancia hacía prever la libertad próxima.

Pero los animales hambrientos reaparecieron y se llegaron á contar cuarenta otra vez alrededor del buque. Era fácil conjeturar que las fieras no tardarían en hacer una nueva tentativa de asalto contra el steamer.

Efectivamente, á los dos días se verificó, y el ataque fué tan completo y tan unánime que después de haber muerto los marinos con sus carabinas y cañones-revólveres una docena de asaltantes, debieron sin embargo aquéllos batirse en retirada y encerrarse en el interior del navío. Entretanto había sido preciso echar al campo de hielo el cadáver de Schneckler. El traidor no había tenido siquiera los honores de la sepultura y los plantígrafos habían devorado sus restos.

A pesar del horror de esta escena, nadie había sentido gran conmiseración por ese criminal, herido en el momento mismo en que se apercibía á perpetrar el más abominable de los delitos.

Los seis animales muertos habían sido cuidadosamente despedazados, y el proverbio *no hay mal que por bien no venga* habíase justificado al pie de la letra, pues aquella aventura había proporcionado á los marinos preciosas pieles y una gran cantidad de carne fresca.

Mas era preciso á toda costa acabar con los osos que quedaban. La idea que había concebido el químico para la pérdida del navío, Huberto la aprovechó para su salvación. Sacrificó para tal objeto un tubo de hidrógeno líquido, y después de tomar consejo de sus compañeros, se decidió que se incendiaría la cubierta y que después se apagaría aquel incendio. El medio era muy sencillo. Los tubos que servían para reparar interiormente el gas, fueron por unos instantes puestos en comunicación con el exterior. Se dispuso cuanto era necesario para interrumpir la corriente á la primera señal. Luego todas las espitas fueron

abiertas á la vez y proyectaron 400 metros cúbicos de gas sobre la cubierta. Bastó introducir allí la llama de una estopa colocada al final de una pértiga para provocar la inflamación inmediata del hidrógeno.

Una verdadera tromba de fuego barrió el navío de proa á popa con una rápida deflagración y con un ruido formidable.

La arboladura del buque no padeció apenas, y en cambio los huéspedes de cubierta que parecían estar allí muy cómodamente, quemados de un modo horrible por aquel desencadenamiento de un infier-

cuña entre los bloques disgregados y empezó la batalla contra los témpanos.

No fué, sin embargo, tarea fácil vencer todos los obstáculos que sin cesar se presentaban delante del valeroso buque; pero la heroica tripulación había triunfado de dificultades algo más temibles. Un ardor invencible la animaba: todos querían volver victoriosamente á su patria.

Cuando, lejos ya de la isla Courbet, se vió que las proporciones de ésta disminuían y que ante el tajar del buque se abría el Océano libre, resonó en el buque un himno de alegría y de gracias en honor del Dios que de tantos riesgos y peligros había salvado á los que sobrevivían. Durante aquella expedición habían tenido que deplorar muchas desgracias y hasta habían conocido la traición; de cuarenta y tres que habían salido de Cherburgo volvían veintiocho, y aun quizá se perdiera algún otro compañero, pues había ocho enfermos á bordo; pero la esperanza había nacido en todos los corazones al sentir los primeros efluvios de la vieja Europa que el mar Océano besa y fecundiza.

No había que pensar en volver al cabo Wáshington, sino en aprovechar las ventajas que ofrecía una primavera prematura y excepcionalmente cálida; así es que se abandonó la casa de madera. Cualquiera expedición futura se tendría por dicha encontrando allí un asilo preparado, con provisiones cuidadosamente encerradas en cajas construídas *ad hoc*. Además era preciso asegurar cuanto antes á los enfermos un medio de mejorar su situación, si es que era tiempo todavía.

Fué verdaderamente un gran día aquel en que la *Estrella Polar*, después de dos meses de una dura navegación, echó el ancla en Cherburgo. Pero ¡ay!, durante el camino y cuando se estaba frente de las costas escocesas, murió la pobre Tina Le Floch en brazos de su querida Isabel, quien no la abandonó un momento, prodigándole toda suerte de consuelos.

La joven no podía consolarse de aquella muerte y llevó luto por su nodriza, habiendo dispuesto que la enterraran en su querida tierra de Bretaña, tierra natal en donde había querido descansar. Muchos días hubieron de transcurrir antes de que se disipase la nube de tristeza que cubría el rostro encantador de la señorita de Keralio.

Pero no pudo por menos de sentirse halagada ante las aclamaciones delirantes con que fué acogida en París su presencia.

Todos los supervivientes de la expedición fueron partícipes de su gloria, como lo habían sido de sus penalidades. El Presidente de la República quiso recibirlos y felicitarlos en el Eliseo. Los ministros y sociedades científicas les colmaron de distinciones y recompensas. Se aplaudió el decreto que confería la Legión de Honor á la heroica francesa, cuyo nombre figuró entre los de los Sres. Keralio, Lacrosse, d'Erment, Pol, Hardy, Servan, Le Sieur y Guerbraz, y se concedieron medallas de oro conmemorativas á los demás individuos de la valerosa tripulación.

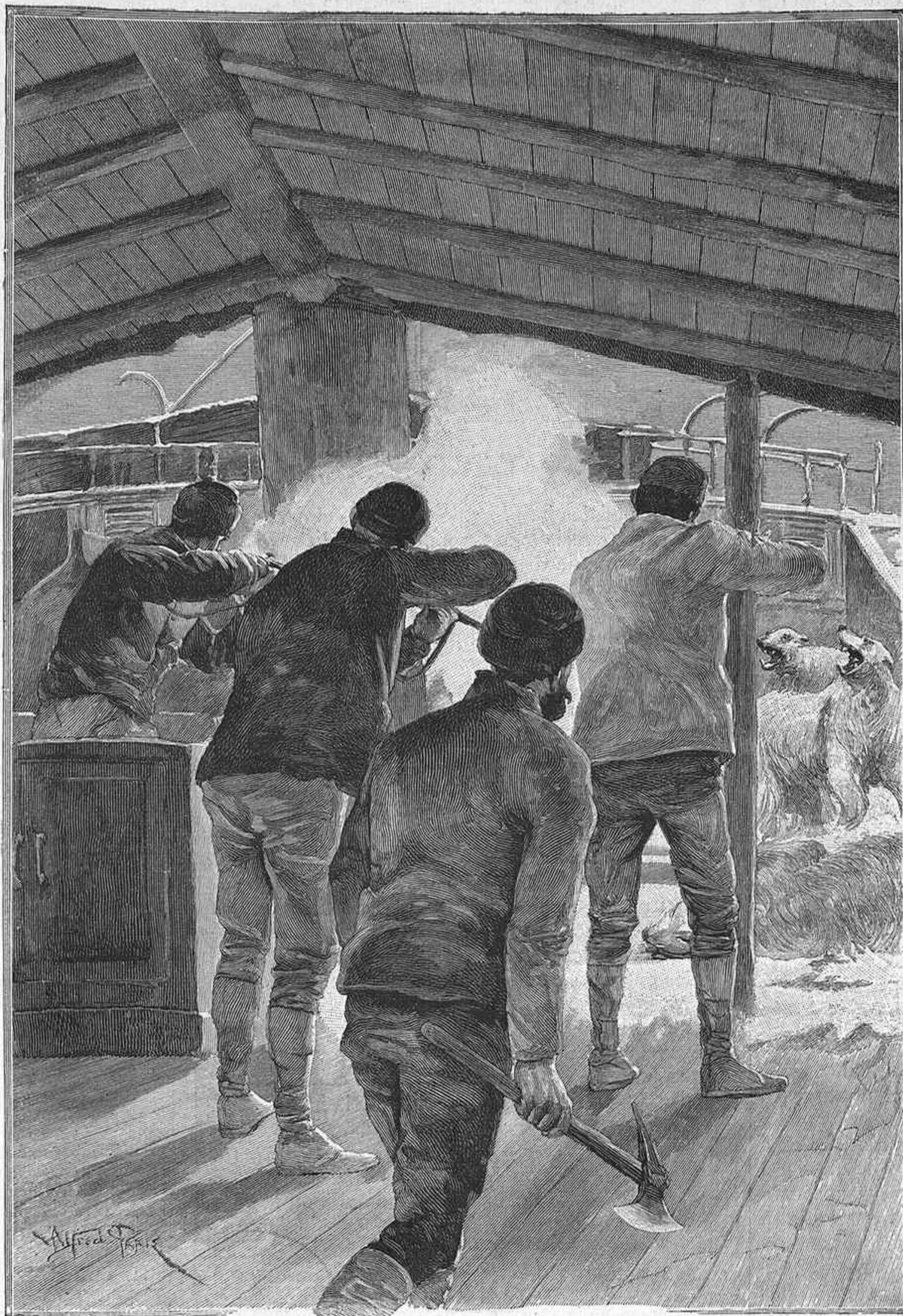
En el banquete que se les ofreció dijo el Sr. de Keralio, contestando al ministro de Marina:

«Sí, señores, hemos podido alcanzar el polo en honor de Francia; pero hemos hecho más todavía abriendo el camino á otros exploradores.»

Y como el comandante Lacrosse dijera:

— ¡Es lástima que la *Estrella Polar* no pudiera forzar por sí misma la barrera!

— Comandante, replicó Huberto, tranquilizaos; nuestro primer esfuerzo ha sido feliz. Cuando queramos empezar de nuevo *nuestra* prueba, lo haremos en un navío de hierro que reciba su impulso de esos medios todopoderosos que la ciencia ha puesto



El ataque fué tan completo y tan unánime...

no artificial, dejaron una docena de muertos ó moribundos sobre el navío, en tanto que el resto huía lanzando aullidos de dolor y espanto.

Fué el final de aquel largo sitio que había durado dos semanas. El medio empleado dió además por su violencia un resultado que no se esperaba. Bajo aquella temperatura de 1.700 grados el hielo que rodeaba la *Estrella Polar* se fundió hasta una profundidad de tres pies, y el buque vió abrirse nuevamente el camino de regreso. Lo que en los días anteriores era una hendedura se convirtió bruscamente en una ancha faja de agua, y el sol de abril con su calor más largo y por ende más benéfico aumentó el efecto producido por aquella violenta cuanto feliz tentativa.

Desde la verga más alta, el vigía avisó que grandes trozos de campo iban ya á la deriva. Los osos habían huído; se bajó sobre el hielo y se quitó la armadura que resguardaba el buque, formándole la cuna de ballestas. El steamer, rompiendo al cabo el hielo, reposó segunda vez en el agua.

En fin, el 15 de abril se abrió un canal de agua ante el buque. Todo estaba presto para la partida.

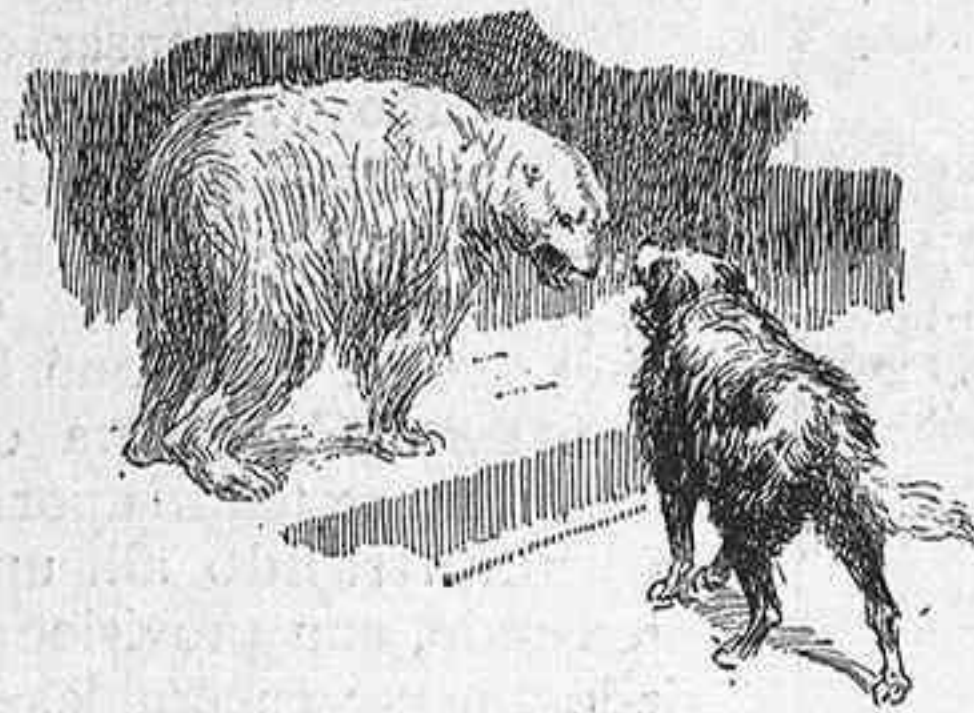
La *Estrella Polar*, después de estar dos días bajo presión, dió su primera vuelta de hélice. El espolón de acero revestido de cobre se hundió como una

en nuestras manos. Aquel día, querido comandante, romperemos con dinamita la muralla de rocas que encierra el polo y plantaremos los colores franceses en las orillas del lago central que atraviesa el eje del mundo.

Aquellas palabras de generosa confianza fueron saludadas con generales aclamaciones.

Los exploradores debían después gozar de un reposo que tenían bien ganado. Todos los que habían tomado parte en aquellas fatigas y trabajos inconcebibles fueron invitados a las fiestas que no tardaron en celebrarse en honor del casamiento de Isabel de Keralio con su primo Huberto d'Ermont. Aquel día el novio pudo poner en la canastilla de su novia el despacho de capitán de fragata y el que otorgaba a Marcos d'Ermont, individuo de la Academia de Ciencias, la roseta de la Legión de Honor.

Y como el matrimonio se celebró durante los primeros días de invierno, se renovaron las maravillas del cabo Ritter y Fuerte-Esperanza y de la *Estrella Polar*. Los salones de a bordo fueron alumbrados eléctricamente y caldeados por el hidrógeno; se hicieron excursiones por la rada de Cherburgo, a bordo del submarino *Gracia de Dios*, y diez soberbios osos blancos, presididos por Guerbraz, fueron a felicitar a los recién casados en dialecto céltico y franco-canadiense del siglo decimoséptimo. En fin, un castillo



de fuegos artificiales brilló sobre la cubierta de la *Estrella Polar* para recordar el famoso incendio que hicieron precisó los osos.

— ¡Bah!, decía Guerbraz, resumiendo la común impresión: aun cuando todo es hielo en el polo Norte, no hace sin embargo frío bastante para helar los corazones de la gente honrada.

TRADUCCIÓN DE AUGUSTO RIERA

## SECCIÓN CIENTÍFICA

### NUEVO SISTEMA PARA PREVENIR LAS COLISIONES DE TRENES. SISTEMA PELLAT

En estos últimos años han ocurrido muchos accidentes ferroviarios, y de ello deduce el público, no sin razón, que los sistemas actualmente adoptados presentan defectos, sea teóricos, sea prácticos. Es, pues, de interés dar a conocer un sistema fundado en un principio completamente distinto del que sirve de base al *block system*, que es el que hoy en día se emplea.

M. Pellat, profesor de Física de la Sorbona (París), ha inventado un conjunto de aparatos que vamos a describir. La vía está dividida en secciones de 50 a 100 kilómetros, y en medio de cada sección hay un *puesto-vigía* en donde un empleado conoce a cada momento la posición de todos los trenes que circulan en su sección. He aquí cómo puede obtenerse este resultado.

En el puesto-vigía, un movimiento de relojería hace girar un cilindro sobre el cual pasa una tira de papel impregnada de yoduro potásico: sobre el papel apóyase una aguja de acero que termina en una punta de platino R (fig. 2), la cual está unida por medio de un alambre a un pedal Q colocado sobre la vía. Por otra parte, el eje E del cilindro está en comunicación con el polo negativo de una pila P cuyo polo positivo comunica con la parte inferior del pedal. Cuando pasa un tren, su peso hace que el pedal baje, con lo que se cierra el circuito, el yoduro potásico se descompone en el punto en que la aguja toca el papel, y el yodo puesto en libertad se manifiesta por un punto negro.

En la longitud de una sección puede disponerse un pedal a cada kilómetro, y cada uno de estos pedales va unido por medio de un alambre especial a una aguja del puesto-vigía y todas estas agujas están dispuestas a lo largo de una generatriz del cilindro. Cuando un tren oprime a su paso un pedal, la aguja correspondiente que lleva un número, reproducido en el pedal, marca un punto negro sobre el papel yodurado. De suerte que siempre sabe el empleado sobre qué pedal acaba de pasar un tren y ve, por ejemplo, si un tren expreso amenaza embestir por detrás a un

tren omnibus ó si dos trenes lanzados en la misma vía en sentido inverso van a chocar, etc., catástrofes que puede impedir, puesto que puede avisar a los maquinistas de estos trenes.

En efecto, en el centro del intervalo comprendido

está unido al polo positivo de la pila *n*, que hace funcionar el relevador R y permite comunicar el tambor U con el riel V. Para todos los pedales sólo hay un alambre de retorno, utilizado también para el circuito de la pila, con la que puede comunicar cada comu-

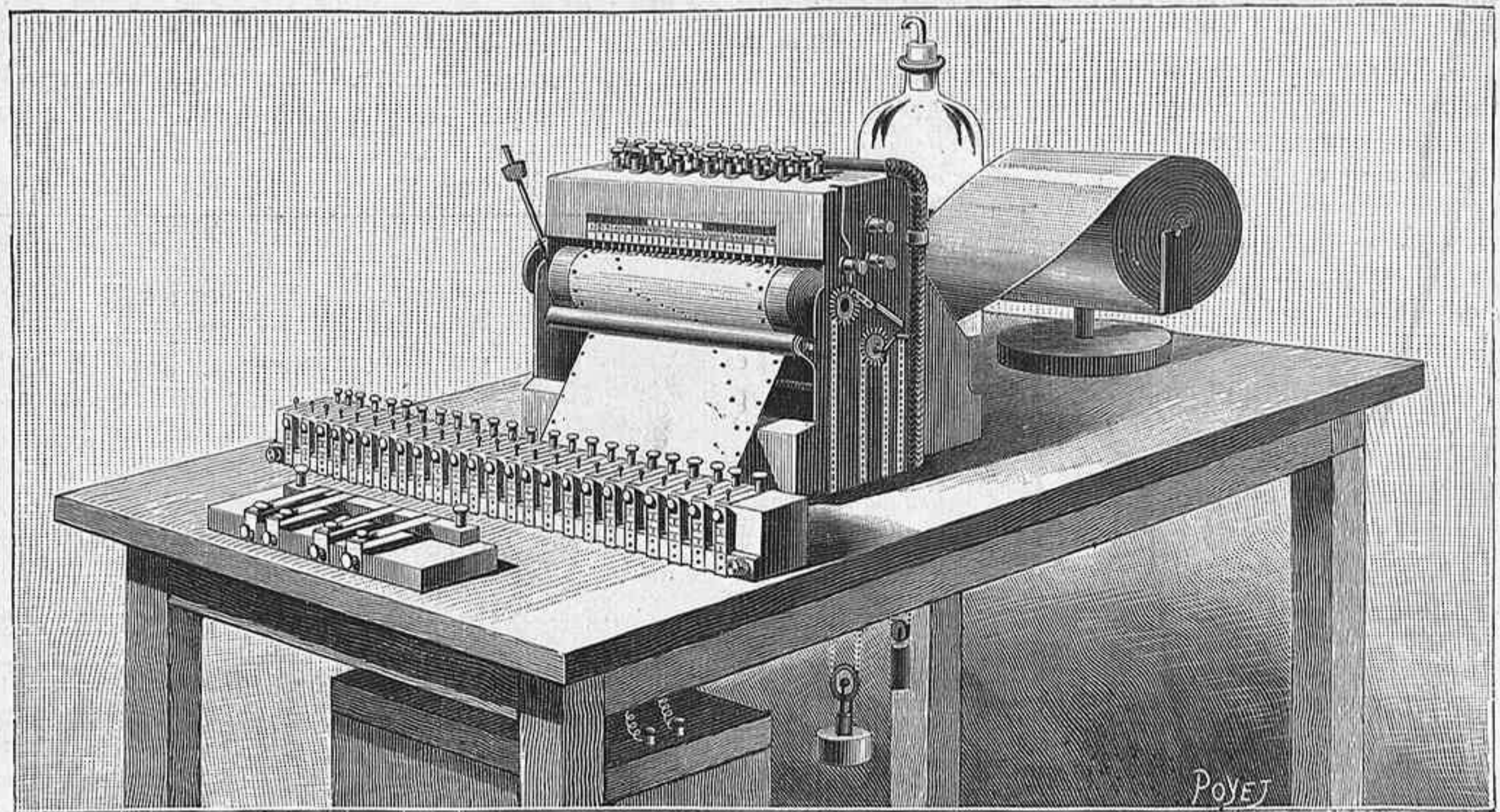


Fig. 1. Aparato registrador de la marcha de los trenes, sistema Pellat

entre dos pedales hay lo que se llama el *aparato de contacto*, que consiste en un tambor metálico de unos 80 centímetros de diámetro y 20 de altura. La locomotora lleva un cepillo metálico de fibras horizontales que en el momento de pasar el tren hace girar el tambor, el cual está todo él protegido contra la lluvia, la nieve y el granizo por medio de una caja de hierro galvanizado: sin embargo, en los dos extremos de un mismo diámetro A y A' (fig. 3) el tambor sale por fuera de la caja y estas partes son precisamente las que toca el cepillo de la locomotora. Como este cepillo es muy largo (1'30 metros), puede establecer una comunicación metálica con el tambor, aun cuando las partes salientes de éste, es decir, las no protegidas por la caja, estén cubiertas de nieve, puesto que hace girar el tambor.

En el puesto-vigía hay dispuestos en fila, como teclas de un piano, *conmutadores de desenchajamiento*, cada uno de los cuales lleva dos números, los de los pedales entre los que se encuentra el tambor con el cual va a entrar en comunicación el conmutador. Cuando el empleado pone el dedo sobre un conmutador, una pila hace funcionar un revelador de corrientes que pone en comunicación la pila con el tambor de que hemos hablado. El cepillo de la locomotora, eléctricamente aislado de la masa metálica general de la máquina, comunica con uno de los extremos del hilo de un *electro-imán Hughes* cuyo otro extremo comunica, por medio de una pila montada en la locomotora, con ésta y con el riel. Por consiguiente se tiene un circuito cerrado cuando un tambor está en contacto con el cepillo de la locomotora: en este momento desenchajase el electro-imán y ese desenchajamiento pone en acción un silbato de vapor cuyo ruido avisa al maquinista.

Como se ve, el maquinista no tiene que mirar a lo lejos las señales ópticas que la niebla, por ejemplo, puede hacer difíciles de ver, sino que es avisado por un sonido agudo que se produce en su misma máquina y que no cesa hasta que el mismo maquinista ha vuelto a encajar la armadura del electro-imán: de modo que es bien difícil, como se comprenderá, que no haga caso de esta señal.

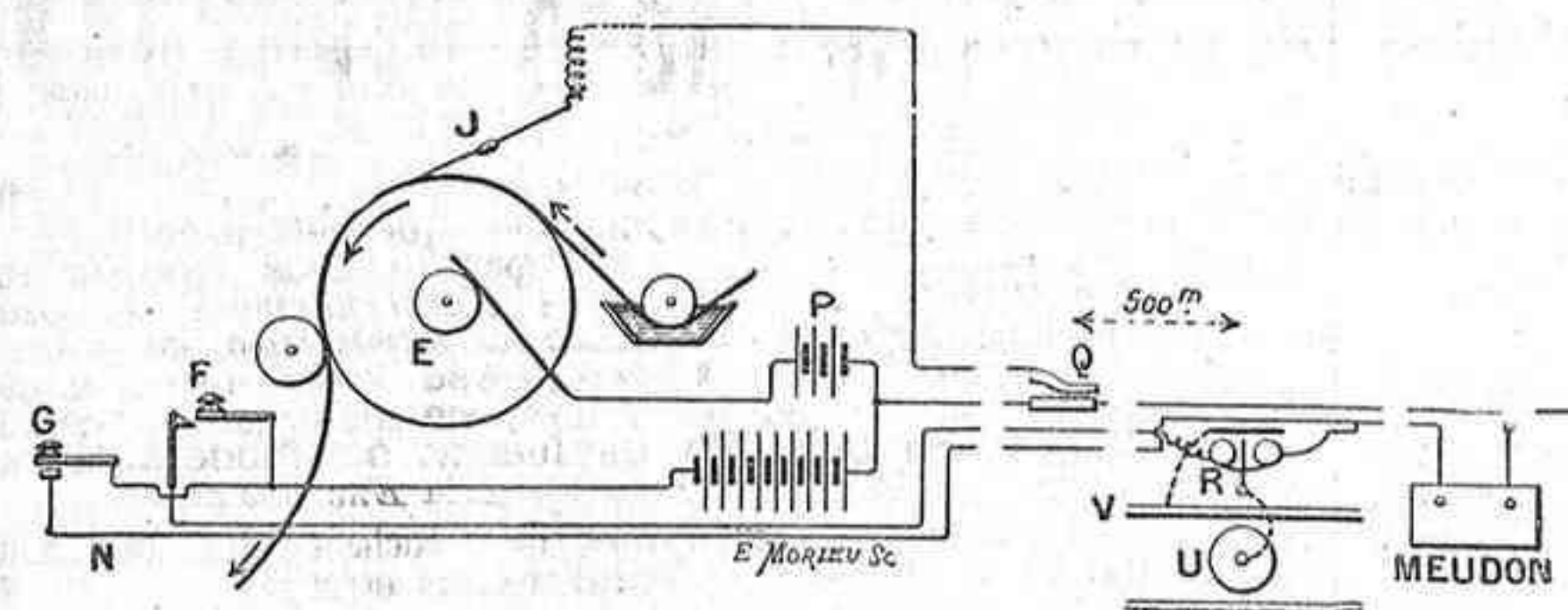


Fig. 2. Esquema del aparato

La figura 2 representa esquemáticamente el conjunto del sistema Pellat: la aguja J está en comunicación con el pedal Q, mientras que el cilindro E está en relación con el polo negativo de la pila P, situada en el puesto-vigía. El conmutador de desenchajamiento F

tador. Todos los alambres que van desde el registrador a los diversos pedales están contenidos en un cable subterráneo que tiene aproximadamente un dedo de grueso y cuya cubierta de plomo sirve de alambre de retorno.

Desde un puesto-vigía se puede comunicar también con las estaciones situadas en la sección en donde el puesto se encuentra. Por medio de otros conmutadores G y del alambre N (fig. 2) puede hacerse fun-

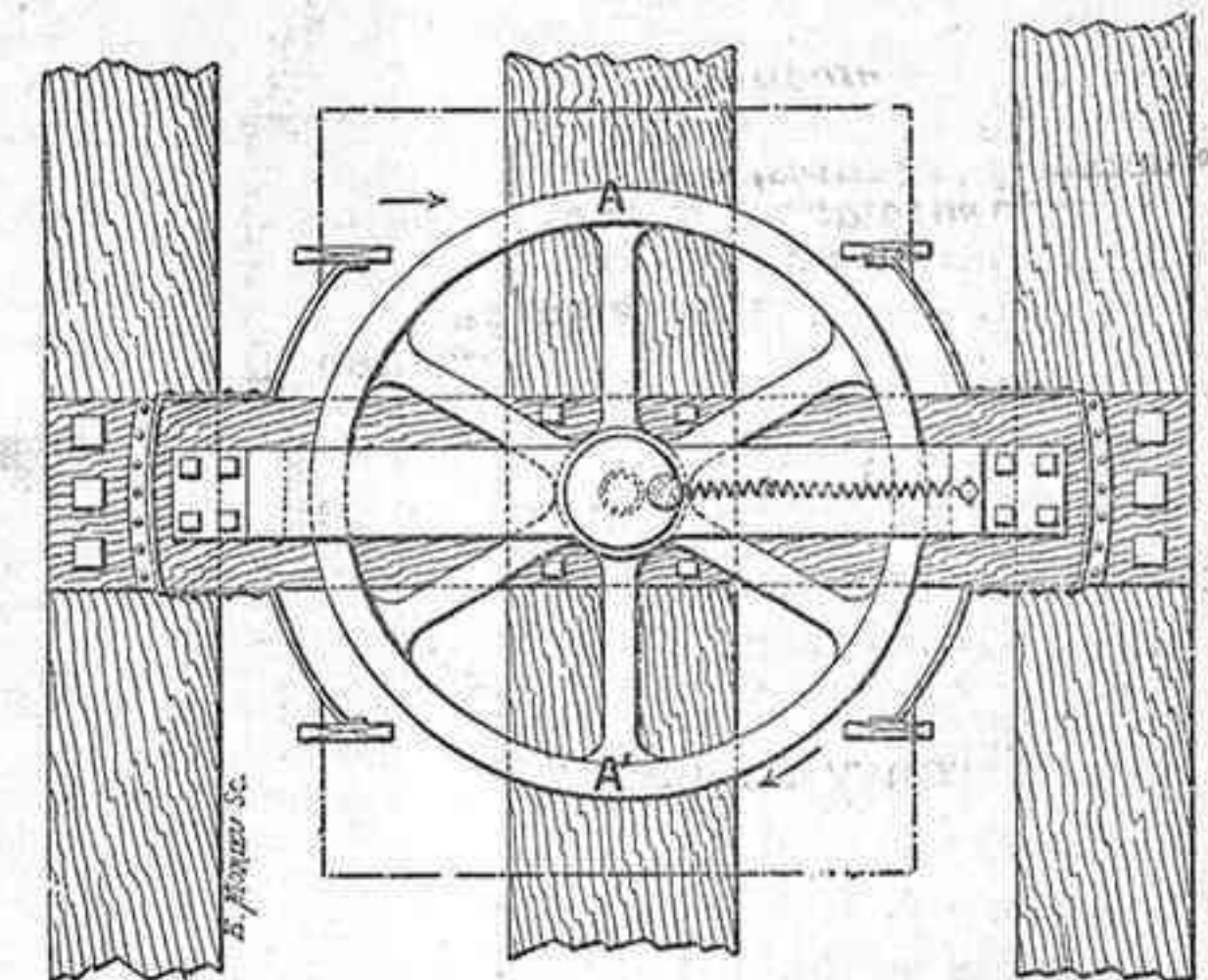


Fig. 3. Tambor que sirve para poner en relación la locomotora con el puesto-vigía. — A, A'. Los dos extremos del diámetro del tambor que salen fuera de la caja protectora y con los cuales roza el cepillo metálico que va en la locomotora.

cionar en las estaciones una señal óptica ó acústica para avisar la proximidad de un tren.

La figura 1 representa un modelo que ha sido enviado a la Exposición de Chicago: en primer término se ven los conmutadores mediante los cuales se establece la comunicación con las estaciones, en el segundo los conmutadores de desenchajamiento y en el último las agujas del aparato registrador. La vía, que no está figurada en el grabado, tiene una longitud de siete metros y presenta veinticinco pedales, y en ella se mueven dos pequeñas locomotoras por medio de las cuales pueden realizarse los varios casos posibles de colisiones de dos trenes.

En resumen, el sistema de M. Pellat presenta multitud de particularidades interesantes: en cada momento se conoce la situación exacta de todos los trenes que circulan a lo largo de una sección, y puede establecer una comunicación inmediata con uno ó varios maquinistas y advertirlos, por medio de una señal que necesariamente han de oír porque está situado en la misma máquina, que hay peligro de colisión y que deben por lo mismo disminuir su velocidad y hacerse bien cargo de la situación.

Ningún otro sistema presenta reunidas todas esas ventajas, y es de esperar, por consiguiente, que será ensayado y que la práctica sugerirá sin duda las modificaciones de detalle que acaben de perfeccionarlo.

LEÓN DUFOUR

EMIGRACIONES DE PECES

En la memoria anual recientemente publicada por la Comisión de pesquerías de Escocia hay consignados datos y experimentos muy interesantes acerca de las emigraciones de los peces destinados á la alimentación del hombre.

El estudio de las emigraciones de los arenques y bacalaos, por ejemplo, ha cautivado durante muchos siglos la atención de los sabios; pero sólo desde hace cuatro años, es decir, desde que la Comisión de Pesquerías comenzó sus experimentos, ha sido posible recoger algunos datos exactos sobre esta cuestión.

El procedimiento seguido por los comisarios encargados de las observaciones sobre las emigraciones de los peces ha sido el siguiente: una vez pescados los peces se les marcaba con un número de orden, se les inscribía en un registro y luego se les soltaba, ofreciéndose una pequeña prima á los pescadores que habiéndolos luego pescado los llevaban á la Comisión.

La operación de marcar los peces resultaba muy complicada. Ensayóse sin resultado el color, adoptóse

luego el sistema de marbetes, y únicamente el latón pareció reunir las condiciones necesarias. Entonces se fabricaron delgados discos circulares que se ataron á la cola de los peces por medio de alambres de aluminio; desgraciadamente á la larga el agua del mar hace muy frágil este metal, por lo que tal procedimiento hubo de ser abandonado. Por último, el método más reciente y hasta ahora el mejor consiste en fijar en medio de un anzuelo minúsculo en la parte dorsal del pez un diminuto marbete de latón oblongo con un solo número.

Unos cuatro mil peces de más de veinte especies distintas han sido pescados, marcados é inscritos como hemos dicho y arrojados nuevamente al mar, la mayoría de ellos en la embocadura del Forth y la bahía de San Andrés. De las 1.250 platijas inscritas, la Comisión ha recuperado 103; el tiempo medio entre el momento en que se las soltó y el en que fueron pescadas de nuevo fué de 239 días; y la distancia media recorrida de unos diez kilómetros. De las observaciones hechas sobre las platijas resulta que éstas tienden á permanecer cerca de las costas, á lo largo de las cuales se escalonan lentamente, pero siguiendo

una dirección bien definida. De 337 limandelas se recuperaron 11 que habían recorrido una distancia media de 22 kilómetros y algunas llegado hasta 60; la duración media de libertad para las limandelas no fué sino de 178 días, lo cual demuestra que estos peces cambian de lugar con mucha más velocidad que las platijas, pero sin seguir una dirección particular. De 196 bacalaos se recogieron 10, algunos de los que, en 74 días, por término medio habían recorrido 83 kilómetros.

Los comisarios han repescado dos rayas de 71, un rodaballo de cuatro, un lenguado de 173 y en cambio no han recogido ni un solo salmonete de 69, lo cual demuestra que estas diversas especies de peces cambian de residencia muy de prisa ó que emigran demasiado lejos para que sea posible, á lo menos por ahora, seguir y anotar sus evoluciones.

Aunque estos experimentos no han dado hasta ahora resultados definitivos, es de esperar que con el tiempo proporcionarán indicaciones preciosas para la ciencia ictiológica.

(De La Nature)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES.**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTÉPHÉLIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 para ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOSES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES  
 &  
 CUIDA y conserva el cutis fino y terso

Las Personas que conocen las  
**PILDORAS DE DEHAUT**  
 DE PARIS  
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.  
 Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**  
**Anemia, Clorosis,** Empebrocimiento de la Sangre, Debilidad, etc.  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

**Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN** HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.  
 Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris  
**LABELONYE y C<sup>a</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris,** y en todas las farmacias.

**GRANO DE LINO TARIN** en todas las FARMACIAS  
 ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. - La caja: 1 fr. 30.

**LA SAGRADA BIBLIA**  
 EDICIÓN ILUSTRADA  
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas  
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**FALTA DE FUERZAS**  
 ANEMIA CLOROSIS DEBILIDAD CONSUMCION

**EL HIERRO BRAVAIS**  
 representa exactamente el hierro contenido en la economia. Experimentado por los principales médicos del mundo, pasa inmediatamente en la sangre, no ocasiona estreñimiento, no fatiga el estómago, no ennegrece los dientes. Tómense veinte gotas en cada comida.  
 Exijase la Verdadera Marca.  
 De Venta en todas las Farmacias.  
 Por Mayor: 40 y 42, r. St-Lazare, Paris.

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO  
**HISPANO-AMERICANO**  
 Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas  
 MONTANER Y SIMON, EDITORES

**CARNE, HIERRO y QUINA**  
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.  
**VINO FERRUGINOSO AROUD**  
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE  
**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empebrocimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloracion y la Energia vital.  
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm<sup>a</sup>, 402, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS  
 EXIJASE el nombre y la firma **AROUND**

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D<sup>o</sup> CORVISART, EN 1856  
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de  
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
 1867 1872 1873 1876 1878  
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
**GASTRITIS - GASTRALGIAS**  
**DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
 BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO. de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**  
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
 y en las principales farmacias.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



GRANADA. - VENEDORES DE CARBÓN, dibujo de Isidoro Marín

**GARGANTA**  
VOZ y BOCA  
**PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**LICOR LAVILLE GOTA**  
del Dr. **LAVILLE** REUMATISMOS

Especifico probado de la GOTA y REUMATISMOS, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.

F. COMAR e HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS

VENTA POR MENOR. - EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**ENFERMEDADES DE ESTOMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**PAPEL WLINSI**

Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.

**Jarabe Laroze**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

**JARABE al Bromuro de Potasio**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

MEDICACION ANALGÉSICA

Solucion y Comprimidos DE **EXALGINA** DE **BLANCARD**

JAUQUECAS  
COREA  
REUMATISMOS  
DOLORES NEVRÁLGICOS, DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento

**CONTRA EL DOLOR**  
PARIS, rue Bonaparte, 40

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D<sup>r</sup> FRANCK**

Querido enfermo: - Fíese Vd. a mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. - Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

**CARNE y QUINA**  
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

**VINO AROUD con QUINA**  
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los intestinos.

Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

**EXIJASE el nombre y la firma AROUD**